

Capítulo 33.

Lobos vestidos de ovejas: La democracia cristiana

Los graduados de la embajada en Moscú • Grecia • Italia • Alemania • Francia: ¿la excepción que confirma la regla? • Un déficit educativo • La crisis yugoslava de los 1990s en contexto

...en los primeros años de la Guerra Fría eran prominentes en la reconstrucción política y económica [europea]... los partidos de perspectiva democrática cristiana. Estos partidos eran a menudo influenciados profundamente por las enseñanzas y las instituciones de la Iglesia [Católica]; los líderes del movimiento democristiano—Konrad Adenauer y Alcide de Gasperi—eran los vínculos entre la Iglesia y los gobiernos de Europa Occidental.

—J. Brian Hehir, *La Política Exterior Pontificia* (1990:29)

[En la posguerra, los] altos funcionarios de la inteligencia estadounidense prepararon apresuradamente un programa de propaganda, sabotaje [contra la izquierda] y financiamiento secreto de candidatos democristianos.

—Christopher Simpson, *Blowback* (1988:290)

La incubadora y nodriza del nazismo fue el movimiento eugenista, cuyo primer gran florecimiento sucedió en las clases gobernantes de Gran Bretaña y Estados Unidos (PARTE 2). El poderoso círculo anglosajón que impulsó en la preguerra el

movimiento eugenista (CAPÍTULOS 6 y 7), y que financió y abasteció a los nazis durante la guerra (CAPÍTULO 18), en la posguerra, consistente con esta trayectoria, absorbió a decenas de miles de criminales de guerra nazi para con ellos crear la infraestructura misma de la inteligencia estadounidense, a la cual consiguió dotar de un poder absoluto *formal* (CAPÍTULO 31).

Echando mano de su nueva creación, los poderosos eugenistas se movilizaron a gran velocidad para establecer el orden europeo de posguerra. Enjuiciaron y condenaron de forma dramática a un puñado de criminales en Nuremberg, y al mismo tiempo crearon nuevas identidades para enormes manadas de antiguos nazis, fascistas, y colaboradores. Éstos participaron en los comicios de los países liberados bajo bandera de ‘democracia cristiana,’ apoyados paramilitar y financieramente por una alianza de la CIA y el Vaticano que maduraba la cooperación anteriormente forjada para garantizar rutas de escape a los criminales nazis que se refugiaban en los servicios de inteligencia occidentales (CAPÍTULO 32). Las ciudadanías europeas estaban orgullosas de haber derrotado el nazismo pero terminaron nuevamente gobernadas por los enemigos de la libertad (quienes de momento guardaron las apariencias liberales). Se puso en marcha, tras bambalinas, el proceso de preparar el continente europeo para un nuevo ataque contra el legado de la Revolución Francesa.

Nos enfocaremos, aquí, en los casos importantes de Grecia, Italia, Alemania, y Francia.

Los graduados de la embajada en Moscú

Los arquitectos iniciales de la política que consideramos, George Kennan, Charles Thayer, y Charles Bohlen, habían trabajado como analistas en la embajada estadounidense de Moscú durante los 1930s. Su trabajo de inteligencia era sofisticado, y “no había más que un rival en cuanto a recolectar información sobre la URSS. Aquel rival era la embajada de la Alemania nazi.” Alguna vez George Kennan celebró la información “‘siempre excelente’” de los nazis. La admiración era mutua. De hecho, Kennan, Thayer, Bohlen, y algunos otros, relata Christopher Simpson, “establecieron amistades duraderas con varios altos diplomáticos alemanes durante aquel período, inclusive con el cónsul Gustav Hilger, el agregado militar Ernst Köstring, y el segundo secretario Hans Heinrich Herwarth.”¹

Durante la guerra Hitler y Himmler aprovecharon a estos especialistas para crear fuerzas colaboradoras antisoviéticas. “El programa *Osttruppen* (tropas del Este) de los nazis, dirigido por Köstring y Herwarth, abarcaba todas las tropas colaboracionistas del Este bajo administración alemana.” En general, participaban en mucha actividad criminal: “Los trabajos asignados a estas tropas iban desde acarrear municiones para los soldados del frente hasta ejecuciones masivas de judíos—es decir, el trabajo sucio que los nazis a menudo no querían hacer ellos mismos—.”² Ya hemos comentado algunos de estos crímenes (CAPÍTULO 31).

Los amigos que tenían estos líderes de exterminio en la embajada estadounidense de Moscú no desconocían las atrocidades. Charles Thayer, por ejemplo, admitiría después

que estaba enterado del papel organizador de Herwarth en el combate de los *Osttruppen* contra los partisanos de Yugoslavia en 1944, “en campañas que se habían caracterizado por miles de ejecuciones de rehenes civiles, el saqueo de pueblos, y otros crímenes” (CAPÍTULO 32). Sin importar eso, al terminar la guerra Thayer alegó que Herwarth era antinazi y aprovechó su nuevo puesto de jefe de la OSS en Austria para salvarlo porque, escribe Simpson, “consideraba a Herwarth un ‘viejo amigo.’” Pero cuidado con esas interpretaciones. Sin controvertir los lazos de amistad que unían a Thayer y Herwarth, al último lo recomendaba sobre todo su papel organizador en el programa *Osttruppen*. Por eso, “con la ayuda de Thayer, Herwarth emergió como uno de los primeros, y sin duda el más influyente, de los alemanes que abogaban [con los estadounidenses] por recrear el Ejército Vlasov y otras tropas colaboradoras [nazi] contra la Unión Soviética.” Pudo usar su influencia para rescatar a Gustav Hilger, Ernst Köstring, y muchos otros nazis que habían trabajado también en la embajada alemana de Moscú en los 1930s, expertos en el sistema nazi de colaboradores que los estadounidenses ahora recreaban. Con este “material… se construyó la nueva capacidad de guerra política de Estados Unidos” (CAPÍTULO 31).³

La guerra política precisa de una envoltura propagandística para vendérsela a la ciudadanía. James Forrestal, durante la guerra subsecretario de la armada estadounidense y hombre clave para el abastecimiento y financiamiento de los nazis desde Occidente (CAPÍTULO 18), ahora, convertido en secretario de guerra, instó a George Kennan, colega de Charles Thayer, a enviar desde la embajada estadounidense de Moscú en 1946 su ‘Telegrama Largo.’ Este

famoso e influyente documento “se considera uno de las declaraciones de principios más importantes de la Guerra Fría,” consolidó la reputación de Kennan, y sentaría la base intelectual para la estrategia de guerra política y encubierta de posguerra. En palabras de Kennan, el objetivo era “‘despertar a la ciudadanía a los peligros de una conspiración comunista,’” y pugnaba por aplicar “fuerza contraria en una serie de puntos geográficos y políticos que estarían cambiando constantemente.” Se trata de la así llamada estrategia de ‘contención’ de la Unión Soviética. “Aunque no se mencionara en público,” comenta Simpson, “está claro que las operaciones encubiertas para hostigar (y si fuera posible, derrocar) a los gobiernos hostiles eran un componente integral de la estrategia de contención desde el principio.” ¿Cómo serían esas operaciones? “El uso de antiguos colaboradores nazis se tejió con los esfuerzos clandestinos de desestabilización y con la doctrina de contención a partir de 1947,” año en que se creó la CIA reclutando a una multitud de nazis (CAPÍTULO 31).⁴

A Kennan no le preocupaba utilizar nazis—más bien le encantaba—. Si algo le quitaba sueño era ver que un puñado de nazis fueran enjuiciados por genocidio. “[Dijo] que veía los juicios de crímenes de guerra de Nuremberg con ‘horror,’ no por la evidencia de criminalidad nazi ahí presentada, sino porque enjuiciar a los nazis quizá impediría la mejora de relaciones entre Estados Unidos y Alemania en la posguerra.” Más allá de los juicios, parecía consternarle que nazi alguno sufriera consecuencias adversas en la posguerra. Para la comisión encargada de formular política conjunta estadounidense y británica hacia Alemania, Kennan preparó un documento importante donde protestaba las categorías de

persona que debían ser purgadas del gobierno alemán. Con algo de calor, expresó que “‘nueve décimos de lo que es fuerte, hábil, y respetado en Alemania ha sido vertido en aquellas mismas categorías.’” En vez de purgarlos prefería reclutarlos para, como dijo, “‘enseñarles lo que queremos que aprendan.’”⁵

Con Thayer, Kennan abogó en el Departamento de Estado y entre los militares por revivir al Ejército Vlasov, arma colaboracionista y criminal de los nazis. Kennan y Thayer

insistieron en crear una escuela de guerrilla anticomunista para reunir a los especialistas militares estadounidenses, veteranos de Vlasov, y otros exiliados eurorientales de los satélites soviéticos. Varias de estas escuelas fueron creadas en Alemania y en los Estados Unidos y sirvieron no solamente como lugar de entrenamiento para los insurgentes sino también como fuente de reclutas expertos para otras operaciones clandestinas estadounidenses.— Simpson (1988:85)

Esto era parte de un esfuerzo por decidir a la fuerza el destino de posguerra de los países europeos en la esfera occidental. Examinaremos los casos más importantes, y haremos hincapié sobre la realidad de la izquierda en cada uno de esos países para evaluar contra la evidencia la propaganda de ‘lucha antisoviética’ con la cual estas operaciones de posguerra fueron defendidas por sus creadores.

El primer gran laboratorio sería Grecia.

Grecia

Grecia arrastraba complejidades múltiples desde el periodo de la guerra por la composición variopinta de la resistencia erguida contra las fuerzas del Eje. Para entender el ajedrez, por un lado, de los Aliados, y por el otro de los soviéticos, es preciso comenzar con una descripción de esa complejidad.

La resistencia izquierdista

“El ejército y policía griegos,” escribe Simpson, “eran famosamente controlados por derechistas desde los 1930s, y el grueso de aquellas fuerzas había colaborado con los nazis durante la ocupación alemana.” Esto repite el patrón que ya recorrimos para otros países europeos (CAPÍTULO 17). Durante la guerra, los simpatizantes de los nazis en Grecia habían creado unos ‘batallones de seguridad’ “para cazar partisanos antinazi y ejecutar judíos... Aquellos destacamentos fueron responsables de los asesinatos de decenas de miles de griegos durante la ocupación..., y asistieron directamente a los nazis en la liquidación de 70,000 judíos griegos.”⁶

Después de la Segunda Guerra ardía una guerra civil en Grecia entre un frente izquierdista y las fuerzas monárquicas apoyadas por los británicos. No eran los soviéticos quienes producían la rebelión griega: “La izquierda griega era principalmente un movimiento autóctono. La ayuda de fuera venía de la Yugoslavia de Tito.” Aquel había sido líder del movimiento partisano (sobre todo serbio) que luchó contra los nazis y estableció el gobierno de posguerra. Tito “tenía ya serios problemas con Stalin.”⁷ Pronto habría una ruptura total entre la URSS y Yugoslavia, donde se estableció un

comunismo no totalitario que en el plano civil y político no era muy distinto al México del PRI: libertades civiles incompletas pero tampoco nulas, cierta participación política de los ciudadanos, y la posibilidad de salir de su país cuando lo desearan. No era una democracia liberal pero tampoco era la Unión Soviética. Yugoslavia terminaría alineada más con Occidente que con el bloque comunista (oficialmente, sería un país ‘no alineado’ durante la Guerra Fría). Es decir que el movimiento comunista griego, apoyado por Yugoslavia, no era un títere ‘bolchevique’ del KOMINTERN, como diría la propaganda estadounidense.

Con la excusa de estar exhaustos tras la gran guerra, los gobernantes británicos anunciaron en 1947 que “retiraban sus garantías de estabilizar a Grecia,” es decir, que no cumplirían su promesa de regresar la monarquía griega al poder. Entonces, “el Presidente Truman culpó a los soviéticos por la crisis e intervino con un programa multimillonario de ayuda a las fuerzas ‘democráticas’ en Grecia.” Los estadounidenses no se proponían apoyar a los monárquicos, los cuales, como los izquierdistas, se habían opuesto a los nazis durante la Segunda Guerra. “Había otra fuerza en Grecia, y a ella se dirigió ahora la inteligencia estadounidense.” A esta fuerza—“democrática” según Truman—“se le conocía como el Pacto Sagrado de Oficiales Griegos, o IDEA, en sus siglas griegas,” y se trataba de una fuerza “compuesta en gran parte de colaboradores nazi.”⁸ Ellos serían los favoritos de los estadounidenses, y se convertirían en su tentáculo. “Para cuando intervino Estados Unidos en Grecia,” explica Simpson, “Kennan ya tenía el patrocinio directo de James Forrestal, secretario de la armada

(pronto sería secretario de la defensa), y de George Marshall, secretario de Estado.”⁹

El General Jorge Papadopoulos decía que había creado IDEA luego de la derrota nazi supuestamente como una fuerza anticomunista. “ ‘En realidad,’ como reportó después el *Times* de Londres, ‘una actividad principal de IDEA era rehabilitar a los oficiales que habían sido purgados por el gobierno de coalición, post liberación, por haber colaborado con los nazis en los ‘batallones de seguridad’ durante los años de ocupación.’ ” Aquellos ‘batallones de seguridad’ habían cometido sendos crímenes y eran odiados por la población griega. ¿Sabía esto el gobierno de Estados Unidos cuando decidió financiar IDEA? Por supuesto. La composición de IDEA no era precisamente un secreto, y sus soldados y oficiales habían sido elementos del sistema nazi de colaboradores que la CIA en ese momento preciso estaba resucitando (CAPÍTULO 31).

Documentos secretos del Pentágono ahora en el Archivo Nacional de Estados Unidos demuestran que EEUU vertió millones de dólares en IDEA durante su intervención en Grecia para crear lo que llamaba un ‘Ejército Secreto de Reserva’ formado por oficiales del ejército, policía, y milicias anticomunistas griegas. Se envió a Grecia suficiente dinero, armas, y equipo para una fuerza de 15,000 hombres nada más para este programa. Este ejército semiclandestino pronto emergió con el apoyo estadounidense como la principal fuerza ‘democrática’ en Grecia...—Simpson (1988:81-82)

Los líderes de IDEA, gracias a los Estados Unidos, tomaron el poder. “Papadopoulos se haría cargo de la agencia

central de inteligencia griega, el KYP, apoyada por la CIA,” y otras serpientes salidas de la misma medusa, como el General Alejandro Natsinas y el General Nicolaos Gogoussis, se convirtieron en importantes caciques. “Luego de que Papadopoulos tomara poder total en Grecia tras un sangriento golpe de Estado en 1967, el senador estadounidense Lee Metcalf lo denunció en la galería del Senado, calificando su junta como ‘un régimen militar de colaboradores pro nazi... que reciben ayuda de los Estados Unidos.’ ”¹⁰ Pues sí, pero el Senado había aprobado la Ley de Seguridad Nacional de 1947 que otorga permiso explícito a la CIA de hacer lo que le venga en gana (CAPÍTULO 31). Era tarde ya para aquellas quejas.

Italia

El autor de la política de ‘contener’ a la Unión Soviética, George Kennan, en realidad quería destruir toda izquierda, se hiciera llamar ‘comunista’ o no, estuviera ligada a la Unión Soviética o no, luchara por sus ideas por la vía parlamentaria o no. Odiaba las consecuencias de la Revolución Francesa y se oponía a todo liberalismo. “La democracia, dijo alguna vez, debería ser comparada a ‘uno de esos monstruos prehistóricos con un cuerpo tan grande como este cuarto y un cerebro de tachuela.’ ”¹¹ Lo que le gustaba a Kennan era el gobierno jerárquico manejado por un puñado de ‘iluminados,’ y en esto se parecía mucho a los soviéticos que tanto odiaba.

El fascismo había producido la guerra, y en consecuencia cundía el repudio a la derecha en muchas poblaciones europeas. En las elecciones italianas de 1948 parecía que ganarían los comunistas. *Ojo*: eso, nuevamente, no

quiere decir *los soviéticos*. Los comunistas italianos eran independientes y distintos, y aquello se demostró por ejemplo en su administración de la ciudad de Bolonia (la cual gobernaron muchos años en la posguerra), y en su repetido apoyo por una alianza italiana con Occidente y no con el bloque soviético.¹² Pero Kennan se proponía destruir *toda* izquierda. Y le preocupaba tanto la posibilidad de una victoria electoral comunista en Italia que “inclusive abogó por una ocupación militar directa de los campos de petróleo de Foggia si los resultados de las urnas no salían como quería Estados Unidos.” No eran los únicos en preocuparse. “La aprehensión de Washington la compartía—de hecho, la alimentaba con brío—la Santa Sede.” Por esas fechas, “la CIA estableció con la Iglesia Católica lazos mucho más profundos y extensos de lo que anteriormente había sido el caso,” y se coordinaban para rescatar criminales de guerra nazi (CAPÍTULO 32).¹³ Cooperarían estrechamente, también, para influenciar las elecciones italianas.

Hubo un gran frenesí por derrotar a los comunistas en Italia. Sobre la superficie se hacían cosas relativamente inocuas como reclutar cantantes, músicos, y estrellas de la talla de Bing Crosby, Frank Sinatra, y Gary Cooper para enviar mensajes de radio advirtiendo sobre la amenaza comunista. Se hacían también cosas menos inocuas como amenazar a los católicos con la perdición eterna si votaban por la izquierda. Los arzobispos de Milán y Palermo anunciaron que se le negaría confesión y absolución a todo quien votara por los candidatos comunistas. “El Cardenal Eugene Tisserant fue más lejos: los comunistas ‘no podrán tener un entierro cristiano ni ser enterrados en suelo sagrado,’ pronunció.”¹⁴ Y por debajo del

agua sucedían otras cosas, prohibidas por la ley internacional pero sancionadas por la Ley de Seguridad Nacional de Estados Unidos (CAPÍTULO 31). “Allen Dulles, Frank Wisner, James Angleton, William Colby, y un equipo de otros altos oficiales de la inteligencia estadounidense prepararon apresuradamente un programa de propaganda, sabotaje, y financiamiento secreto de candidatos demócratas cristianos.”¹⁵

¿Quiénes eran los ‘democristianos’?

El partido *Democrazia Cristiana* (DC), liderado por Alcide de Gasperi, oficialmente decía tener sus antecedentes en el movimiento católico del *Partito Popolare Italiano* (PPI). Pero el DC no era realmente el viejo PPI. El PPI se había enfrentado a Mussolini y por ello había sido disuelto por el Vaticano en alianza con los fascistas (CAPÍTULO 11). Por contraste dramático, “mucho de lo que quedaba del aparato gobernante de los fascistas durante la guerra,” explica Simpson, “así como la mayoría de la policía [fascista], se unió a los rangos democristianos después de 1945.”¹⁶ Este nuevo partido sí logró la bendición del Vaticano.

En aquellos tiempos la CIA era todavía una organización pequeña (apenas comenzaba el reclutamiento de nazis) y por eso la campaña para instalar a los nuevos ‘democristianos’ en el poder italiano se dirigió desde las oficinas de Allen y John Foster Dulles en el despacho legal de Sullivan y Cromwell en Nueva York. “Kennan monitoreaba los eventos desde su cornisa en el Departamento de Estado, en Washington, mientras que [Charles] Thayer lanzaba un cañonazo de propaganda tras otro a través de *Voice of America*,” la radio de la inteligencia estadounidense en Europa. Los recursos que faltaban los proporcionaba una de las

instituciones más grandes y poderosas del mundo: la Iglesia Católica. “El Cardenal Spellman de Nueva York era el intermediario crucial en las negociaciones entre la CIA y el Vaticano.”¹⁷

¿Cómo se financiaría el retorno de los fascistas al poder?

Luego de entrevistarse con el Secretario de Estado [George] Marshall, Spellman escribió que el gobierno estadounidense le había dado en secreto “grandes sumas de ‘moneda negra’ en Italia a la Iglesia Católica.” Esta ‘moneda negra’ no venía de los contribuyentes estadounidenses; gran parte del dinero que se utilizó para subsidiar las actividades clandestinas en Italia venía de los fondos que habían sido capturados de los nazis, incluidos el oro y dinero que los nazis le habían robado a los judíos. ...La CIA se apropió como \$10 millones de aquel fondo a finales de 1947, ...y mucho de los \$10 millones de la CIA fueron entregados clandestinamente a los candidatos demócratas cristianos.—Simpson (1988:91-92)

Allen Dulles de la CIA había establecido una relación estrecha con el Monseñor Don Giuseppe Bicchierai cuando éste representó al General Karl Wolff de la SS y al Mariscal de Campo Albert Kesselring—los oficiales alemanes policíacos y militares más altos en Italia—al momento de rendirse a los Aliados.* La CIA le proporcionó a Bicchierai suficiente dinero para

* Walter Rauff, protegido de Bicchierai, era un importante criminal de guerra. “Se había encargado personalmente de administrar el notorio programa de ejecución por medio de gaseo en unidades móviles que tomó

...comprar Jeeps, alojamiento, y armas para un escuadrón subterráneo de jóvenes italianos anticomunistas que se utilizarían en la elección de 1948. La labor de esta banda serían golpizas de candidatos y activistas izquierdistas, disruptión de los mítines políticos, e intimidación de votantes. Las tropas de Bicchierai se convertirían en el modelo de otros grupos paramilitares patrocinados por la CIA en Alemania, Grecia, Turquía, y varios otros países durante la siguiente década.—Simpson (1988:94)

La campaña de la CIA dio resultado y los comunistas perdieron la elección. Para regocijo de los espías, los antiguos fascistas fueron reinstalados en el poder, vestidos todos de ‘democristianos.’ “La inteligencia estadounidense,” escribe Simpson, “emergió con un poderoso nuevo aliado en la Iglesia Católica.”¹⁸

Alemania

Aunque muchos eventos tuvieron lugar en Alemania, antes y durante la ocupación militar, parecían por grados crecientes ser ecos de algo más fundamental que sucedía

las vidas de aproximadamente 250,000 personas, en su mayoría mujeres y niños judíos que murieron en una suciedad y agonía inmencionables.” De acuerdo a los datos desenterrados por el Centro Simon Wiesenthal, fue Bicchierai quien se encargó de que Rauff escapase la justicia escondiéndolo, como dijo Wiesenthal, “en los conventos de la Santa Sede.” Christopher Simpson cita aquello y escribe que las plegarias de Wiesenthal a Juan Pablo II de investigar el papel de Bicchierai en este asunto habían sido todas negadas (Simpson 1988:92-93).

en Estados Unidos. Por las razones que sean, el patrón más grande es una repetición de lo que siguió a la Primera Guerra Mundial; pero el ritmo es más acelerado hacia un resultado aun más catastrófico. Algunas personas suponen que todo de alguna manera está conectado con la Guerra Fría, y que cualquier rumbo distinto al que seguimos se torna imposible debido a los desacuerdos con Rusia. Sin duda simplifican demasiado. Los desacuerdos con Rusia han sido un problema importante por tan solo veinte o treinta años, mientras que el patrón que he trazado en este libro se ha ido desenvolviendo durante un periodo mucho más largo.—James Stewart Martin, *Todos Hombres Honorables* (1950: prefacio)

La opinión común, de cajón, plasmada en casi cualquier libro, es que “La democratización de Alemania Occidental fue, sin duda, una de los grandes éxitos de la política estadounidense de posguerra.” Son palabras del historiador Niall Ferguson, porrista del imperialismo estadounidense. Pese a sus apologías, es obvio inclusive en su resumen que aquella política no merece semejante aplauso. “Lo planeado no sucedió. Lo sucedido no se planeó,” escribe, queriendo ‘confesar’ que la política alemana de posguerra no puede caracterizarse como el mejor resultado.¹⁹ El examen de la evidencia, empero, sugiere que sí sucedió lo planeado; claro, eso nada tiene que ver con *lo anunciado*.

Durante la guerra Harry Dexter White y otros, apoyados por su jefe el secretario del tesoro estadounidense Henry Morgenthau, documentaron y denunciaron la asistencia de la dirigencia occidental para el esfuerzo bélico nazi

(CAPÍTULO 18), y la pasión de la misma dirigencia por sabotear el rescate de judíos (CAPÍTULO 29). No pudo hacerse nada al respecto porque el artífice de todo aquello era el propio Roosevelt, lo cual sugiere que el anuncio de sus intenciones al finalizar la guerra no era más que un ejercicio hipócrita de relaciones públicas.

En septiembre de 1944, con la derrota nazi en el horizonte, Roosevelt proclamó con fanfarria que, concluidas las hostilidades, la infraestructura bélica alemana sería destruida. Éste era el Plan Morgenthau, elaborado por Harry Dexter White. Se prometía “la eliminación total no solo de *I.G. Farben* sino de todas las industrias armamentistas y químicas alemanas.”²⁰ ¿Iba en serio? En lo que concierne a Morgenthau y White, sin duda. ¿Pero hemos de creer que el presidente y sus cofrades habían reformado de repente su ideología? Pecaríamos de inocencia. Tan solo unos meses atrás, en la conferencia de Bretton Woods, Morgenthau y su equipo habían fracasado en su esfuerzo de disolver el Banco de Pagos Internacionales, a través del cual—*con la protección de Roosevelt*—se había financiado a los nazis durante la guerra (CAPÍTULO 18).

Casi de inmediato, el Plan Morgenthau se desbarató. Henry Stimson, secretario de guerra, se oponía, y un subsecretario suyo, John J. McCloy, confeccionaba la directiva de tal forma que los custodios de Alemania pudieran hacerse de la vista gorda. Mientras tanto Stimson disuadió al otro subsecretario, Robert Patterson, de aceptar el puesto de custodio en jefe. Y es que Morgenthau confiaba en Patterson y pugnaba por su nombramiento. Stimson y McCloy intrigaron por el nombramiento del General Lucius D. Clay al puesto de

Alto Comisionado Estadounidense en Alemania. Clay pronto se apoyaba en los nazis de la CIA para alegar una inminente invasión soviética, histeria con la cual se justificó la creación del consabido complejo militar/industrial (CAPÍTULO 31).²¹ Niall Ferguson confiesa que Clay ya hacía marcha atrás con la desnazificación *en el invierno de 1945-46*. Eso quiere decir que la desnazificación realmente nunca se intentó.²² (De hecho, como veremos, se “hacía marcha atrás” en el otoño de 1945). Stimson tenía las riendas firmes en sus manos, pues más tarde McCloy reemplazaría a Clay en Alemania. Como lo reconoció el propio McCloy, ejercía un vasto poder en aquel país: “[Mi trabajo] era la cosa más cercana a un proconsulado romano que existía en el mundo moderno. Podía voltear hacia mi secretario y decirle, ‘Toma una ley.’ Ahí estaba la ley, y podía verse su efecto en dos o tres semanas.”²³

Más consistencia: Durante la guerra Stimson había sido responsable de hacer caer secretos militares en manos de los nazis—a través de Bernard Hubbard y Max Ilgner. El primero era un académico y sacerdote jesuita que oficialmente asesoraba al Departamento de Guerra en calidad de experto sobre Alaska, y el segundo dirigía una subsidiaria estadounidense de *I.G. Farben*, y también su cuerpo de inteligencia, NW7 (capítulo 18). Habría consistencia también hacia delante. El historiador Kai Bird escribe que “Henry L. Stimson fue el gran patriarca del *establishment* de la política exterior estadounidense,” y que “ningún hombre impone una sombra más larga sobre el Siglo Estadounidense que Henry Lewis Stimson.”²⁴

Cuando Harry Truman subió al poder Stimson siguió haciendo de las suyas. “Durante la conferencia de Potsdam, dio

su opinión sobre lo ‘necio, peligroso, y conducente a guerras futuras que sería adoptar un programa que pedía la destrucción de la industria Alemana y sus recursos.’”²⁵ Y continuó asistiendo de “su subsecretario John McCloy, quien le reportó al presidente en abril que había un colapso económico, social, y político total en Europa Central.”²⁶ Truman entonces dijo en voz alta que desindustrializar a Alemania sería preparar el terreno para una conquista bolchevique, y con la ayuda del General George S. Patton, escribe Charles Higham, “comenzó a regresar a los nazis al poder en Alemania después de la guerra.”²⁷ Pero el argumento de preservar la industria alemana era espurio, pues eso naturalmente no era sinónimo de cancelar, por completo, cualquier esfuerzo de desnazificación, dentro y fuera de la industria.

Había gente en el gobierno, claro está, que pensaba distinto, y no consentía en rehabilitar a los nazis. Y los elementos pro nazi en la cima tenían que aparentar en público su oposición al sistema que había destruido a Europa. Pero esto tenía solución: cualquier burócrata que se tomara en serio el propósito oficial y anunciado de desnazificar a Alemania enseguida era subordinado a un agente confiable.

Trabando la desnazificación

Uno que se lo tomaba en serio era el abogado Russell A. Nixon. Arriba de él pusieron al General William H. Draper, pariente de Wikliffe (o Wycliffe) Draper, eugenista, mismo que establecería el *Pioneer Fund* para dirigir enormes sumas a cualquier académico que alegara la inferioridad biológica de los negros (lo veremos más tarde). William Draper era, como James V. Forrestal, vicepresidente de los banqueros *Dillon*,

Read que habían financiado a los nazis. Así pues, “cuando llegó a Alemania en julio de 1945, Nixon descubrió que su posición era imposible. Le pedían que explorara un túnel que ya había sido tapado.”²⁷

Draper impedía desmantelar cualquier instalación de *I.G. Farben*, inclusive las plantas productoras de veneno. Así que Nixon se fue a quejar con el General Clay, extensión de Stimson. No logró nada. Tampoco le sirvió quejarse con Percy Mills en las juntas del Estado Mayor Conjunto [*Joint Chiefs of Staff*]—lo sabotearon más. Y “Nixon fue trabado no sólo por el gobierno militar estadounidense sino también por el británico.... [el cual,] como el estadounidense, se encargaba de reconstituir *I.G.*” Un día, buscando en los archivos de *I.G. Farben*, Nixon encontró una carta de Max Ilgner fechada 15 de mayo de 1944 (cuando ya era obvio que Alemania sería derrotada), y empezó a entender lo que sucedía. La carta iba dirigida al Departamento Central de Finanzas de la compañía y le aseguraba a su staff que se mantuviieran en contacto porque las autoridades estadounidenses sin duda permitirían la reanudación de operaciones.²⁸

Gracias al tesón y celo de Nixon, varias personas de segundo rango que se ocupaban de los productos mortíferos de *I.G. Farben* sí fueron sujetas a interrogatorio, pero no pasaron un solo día en prisión, y Nixon fue amenazado con corte marcial por insubordinación. Quiso interrogar también a los directores de los bancos que habían financiado a esa compañía pero Draper lo bloqueó. En oídos sordos, también, sus quejas con el Comité de Guerra del Senador Owen Brewster. Los industriales alemanes que habían construido el partido nazi y luego su máquina de guerra, participando también en sus

enormes crímenes, parecían tener casi todos inmunidad.²⁹ Pobre Nixon.

En el invierno de 1946 Draper lo subordinó a Carl Peters, un hombre de Leo T. Crowley, encargado de Roosevelt para proteger a los empresarios estadounidense que suministraban a los nazis durante la guerra (ver capítulo 18). Peters era director de una subsidiaria de *American I.G.* y de hecho había sido acusado de comerciar con el enemigo, pero el fiscal había declarado que perseguir a Peters violaba los intereses del Estado (*nolle prosequi*) y acto seguido lo habían hecho coronel en el Pentágono. “Inmediatamente después de hacerse cargo de Nixon, [Peters] comenzó a liberar a los industriales alemanes y restauró la vieja planta noruega de *Noramco* nuevamente como subsidiaria de *I.G.*”³⁰ Aquel laberinto borgesiano llegaba a su callejón sin salida.

De regreso en Estados Unidos Nixon denunció aquellas andadas ante el comité investigativo del Senador Harley Kilgore.

Acusó que elementos de los ministerios de relaciones exteriores de Estados Unidos, Gran Bretaña, y Francia habían conscientemente maniobrado para prevenir la búsqueda aliada de bienes nazi en países neutrales, porque aquella búsqueda desnudaría a los regímenes fascistas en España, Portugal, Suiza, Suecia, y Argentina, “y revelaría todos los elementos de colaboración de ciertos industriales en los países Aliados [Estados Unidos, Gran Bretaña, y Francia] con aquellos regímenes.”—Higham (1995[1983]:215)

Otro que hizo enormes esfuerzos por cumplir con su obligación de desnazificar a los alemanes fue James Stewart

Martin, abogado del cuerpo investigativo del Departamento de Justicia. Martin fue nombrado “jefe de la Rama de Descartelización del Gobierno Militar en Alemania.”³¹

Su experiencia fue similar a la de Nixon. Cuando llegó a Europa se encontró que arriba de él estaba el Coronel Graeme K. Howard, vicepresidente de *General Motors*. Como la familia Du Pont, dueña de la compañía y abasto de los nazis durante la guerra, Howard era un fascista abierto. Había escrito un libro intitulado *Estados Unidos y un Nuevo Orden Mundial* celebrando el ‘orden’ que los nazis de hecho estaban tratando de crear (capítulo 18). Aunque Martin protestó sobre la conexión entre *General Motors* y los nazis, no se hizo nada. O más bien sí: preocupados por el ruido que hacía Martin, el ejército lo envió a casa. Pero éste, testarudo como Nixon, continuó investigando. Así, logró que fuera enjuiciado Gerhard Westrick (cuya condena fue ligera y luego abolida). Martin también documentó que Allen Dulles—jefe de la OSS y luego de la CIA—había ofuscado el asunto cuando a Leo T. Crowley y Ernest K. Halbach, custodios de *General Aniline and Film* (GAF), se les pidió que entregaran la documentación que delataba a esa compañía como subsidiaria de los nazis a través de *I.G. Chemie*.³²

Por aquellos días Raymond Daniell del *New York Times* exhibía las ropas sucias de la ‘desnazificación’ en una serie de artículos publicados en septiembre y octubre de 1945. LOS NAZIS TIENEN TODAVÍA LOS PUESTOS CLAVE DEL REICH, gritaba su encabezado del 20 de septiembre. El subtítulo: ‘Las Órdenes De Eisenhower Exigiendo Que Sean Expulsados Están Siendo Flagrantemente Ignoradas, Según Demuestra Un Estudio.’

Daniell se quejaba de “una tendencia general... a ignorar, evadir, o darle la vuelta” a las órdenes explícitas.³³

¿Quiénes eran los responsables? Daniell culpaba al gobierno militar estadounidense en Alemania, creado por el ejército de ocupación. “Se ha vuelto muy común,” denunciaba el periodista, “que los oficiales del gobierno militar quiten a un importante ejecutivo de industria por sus actividades nazi, solo para tener que restaurarlos bajo órdenes de los oficiales del ejército, con una consecuente pérdida de prestigio para el gobierno militar.” Pero también había opositores de la desnazificación dentro del propio gobierno militar, como el General George S. Patton.³⁴ LOS OFICIALES ESTADOUNIDENSES GOLPEAN LA DESNAZIFICACIÓN, rezaba el encabezado a la mañana siguiente. “En pláticas con los oficiales del gobierno militar estadounidense en varias ciudades, ellos han revelado que hay una oposición general al programa de desnazificación.” Confesaban que no había castigo alguno para quien violara las órdenes de desmantelar la infraestructura del *führer*. Nuevamente se identificaba a Patton, al frente del Gobierno Militar de Baviera, como cabecilla del problema.³⁵

En la política, la educación, y las instituciones financieras, según Daniell, se había desnazificado bien, pero “la industria y el comercio continúan manejados y controlados por la vieja pandilla que le ayudó a Hitler a construir su máquina de guerra.”³⁶ Daniell aquí se dejó impresionar por los anuncios y no los hechos. Niall Ferguson escribe, sobre la ‘desnazificación’ de las instituciones educativas, que “la vida académica rápidamente revertió a sus antiguos patrones acostumbrados. Los profesores que habían abrazado el nazismo ahora abrazaron el OTANismo; la mayoría se quedaron con sus

empleos.”³⁷ Y aunque en la política se aparentaba un cambio genuino veremos en la sección siguiente que no.

¿Y las instituciones religiosas? “La desnazificación del clero,” escribió Daniell, “que hoy en Alemania es tan importante como la prensa en la formación de la opinión pública, la han dejado en manos de las autoridades eclesiásticas alemanas.”³⁸ O sea que las iglesias—luteranas y católicas—*no* fueron desnazificadas. Cuarenta y ocho horas después Daniell reportaba los comentarios de Patton en una entrevista: que si el gobierno alemán instalado por él mismo en Baviera rebozaba de clérigos y otros que habían prosperado bajo los nazis, eso le tenía sin cuidado. ¿Y las quejas de los liberales alemanes? Esos son comunistas, replicó.³⁹

Un escándalo. Así que el 26 de septiembre Patton, bajo presión, mordisqueó una disculpa pero “reiteró su posición de que sería necesario tolerar a algunos nazis en la industria.” La oficina del General Eisenhower se rehusó a comentar y anunció que el General Walter Bedell Smith haría una clarificación sobre la desnazificación. También se dijo que el General Lucius D. Clay había enviado una orden para deshacer de inmediato la dominación nazi en la industria alemana.⁴⁰ ¿Qué posibilidades había de eso? Clay y Smith cooperaban con el reclutamiento de nazis para la inteligencia estadounidense (capítulo 30), y Clay era una herramienta de Stimson para sabotear la desnazificación. Pero había que aparentar: un regaño público para Patton y luego Eisenhower lo dimitió.⁴¹

Mientras que las anteriores críticas de Daniell se habían publicado en las páginas 11 y 26, los editores del *New York Times* decidieron poner los regaños para Patton y las promesas oficiales de Eisenhower para una desnazificación efectiva *en*

primera plana. El público sin duda se llevó la impresión de que el problema se había corregido, porque cuando Daniell reportó el 3 de octubre que pese a las promesas no cambiaba nada, su artículo fue relegado a la página E4. Según explicaba bajo el subtítulo ‘Simpatías Pro Alemanas,’ todo esfuerzo por deshacer la infraestructura industrial/militar alemana seguía inerme. “Hay indicaciones de que ganada la guerra sus causas han sido olvidadas,” lamentaba. Y era tanta la prisa por terminar la ocupación y entregarle el país a los alemanes que “en algunos casos ya no hay suficientes tropas para proteger el equipo del ejército por la noche.” A consecuencia de ello, “el ejército se ve forzado a depender más y más de los civiles alemanes.” Los escogían, parece ser, con un criterio ‘ario,’ aunque Daniell no se atrevió a decirlo así: “A pesar de la orden de Eisenhower de darle preferencia a personas desplazadas [a refugiados no alemanes] en los empleos para civiles, hay una preferencia casi universal por los alemanes, *especialmente si estos últimos son guapos*” (énfasis mío).⁴²

No había el menor esfuerzo por el trabajo “monumental” de transformar al país, y eso que “Alemania apesta todavía de antisemitismo,” quejábase el periodista. “Mucha de la población se adhiere todavía al principio del *führer*. Y si rasca uno casi a cualquiera de ellos se encuentra debajo un ardiente nazi.”⁴³ Cuánta razón puede verse en el trabajo de los folkloristas alemanes, cuya documentación demuestra cómo por doquier “circulaban chistes de Auschwitz en la Alemania de posguerra,” “de tan repugnante mal gusto que algunos han cuestionado si debieran haberse publicado” en el trabajo de aquellos folkloristas.⁴⁴ Pero la actitud oficial de los ocupadores no era desarmar a una fiera sino *restaurar a*

una víctima. “De hecho,” reportó Daniell, “a los holandeses, a los belgas, y a los franceses se les oye decir con algo de amargura que le va mejor a los enemigos conquistados de Estados Unidos que a sus aliados liberados.”⁴⁵

En el mismo mes de octubre, James Stewart Martin descubrió que el General Patton había “literalmente saboteadó el Acuerdo de Potsdam que exigía la destrucción de I.G., y que [la compañía] estaba siendo divida en componentes, nada más, los cuales continuarían funcionando con varios de los ejecutivos menores de [Hermann] Schmitz en las posiciones más importantes.” Apoyándose en las investigaciones de Martin y del equipo de Morgenthau en la Tesorería, el comité del Senador Harley Kilgore reveló en noviembre que el gobierno y bancos suizos, liderados por el Banco de Pagos Internacionales, le habían ayudado a los nazis—en violación de los acuerdos—a sacar su dinero robado. Al siguiente día, relata Charles Higham, “el equipo de la Tesorería y el de Martin fueron drásticamente restringidos en sus actividades. Raymond Daniell escribió en el *New York Times* el 16 de noviembre que los expertos que buscaban los bienes ocultos del Reich habían sido repentinamente relegados a papeles oscuros.”⁴⁶

El responsable era el General William H. Draper, con quien se habían dado de cabezazos una y otra vez “durante esas difíciles semanas” tanto el equipo de Martin como el de la Tesorería. También Russell Nixon, quien acusó que “Draper se había rehusado, tal cual, a desnazificar cualquier institución financiera en Alemania.” El Coronel Bernard Bernstein de la Tesorería acusó a Draper ante el Comité Kilgore, denunció que el Departamento de Estado apoyaba a Draper en todo, y que aquel se había traído como asistente económico a Alexander

Kreuter, socio del colaborador nazi Charles Bedaux en el *Worms Bank*.⁴⁷

Un año después las cosas seguían igual o peor. En octubre de 1946 el Senador Kilgore hizo un viaje a Alemania con el *Senate War Investigating Committee* “para determinar por qué los esfuerzos de desarticular a los nazis estaban siendo obstruidos a cada paso. George Meader, consejero del comité, preparó mil páginas de testimonio de centenares de oficiales del ejército estadounidense.” Higham cita las palabras de Meader sobre lo que había documentado: “Voy a ponerlo así, que los hombres, algunos hombres, que habrían sido los primeros en colaborar con los conquistadores [en caso de invasión nazi de Estados Unidos] han sido influyentes en las decisiones que se toman en Alemania.” Ese lenguaje parece haber sido demasiado fuerte para Kilgore. Aun así, interrogó en secreto a Lucius Clay durante dos horas. “Los resultados del interrogatorio nunca se liberaron.”⁴⁸

Las fuerzas pro nazi debían hacer algo, o todo quizá se les vendría abajo. Averell Harriman, hijo de una importante financiera del eugenismo, y ahora secretario de comercio, envió a Phillip D. Reed a conferir con Draper y Clay. No es difícil imaginar la conversación. Al frente de *General Electric*, Reed había financiado a Hitler y restringido la producción de materiales estratégicos de guerra a favor de *Krupp*. De regreso con Harriman, Reed le dijo que debían ponerle fin al “extremismo” de James Stewart Martin. Y al de George Meader. Draper se entrevistó en secreto con Kilgore y obviamente lo asustó. ¿La consecuencia? Cuando Meader explicó en diciembre “cómo Draper le había dicho a un grupo de editores periodísticos que el programa de purgar a los nazis

estaba retrasando el progreso económico,” documentando el hostigamiento de Martin y el tráfico de influencias en Washington a favor de los nazis, Kilgore ahora se enfureció y denunció a Meader en la prensa. Viendo esto, Martin renunció frustrado y fue reemplazado *con un yerno de Draper*. De ahí en adelante, apoyados en un reporte de Herbert Hoover—eugenista y muy relacionado con *I.G. Farben* (capítulo 7)—se aprobó que *I.G. y Krupp*, las constructoras del Tercer Reich, reconstruyeran Alemania. “Los pocos que alzaron sus voces contra aquellas andadas fueron tachados de ‘comunistas’ por los militares.”⁴⁹

En 1950 James Stewart Martin publicó sus experiencias en *All Honorable Men (Todos Hombres Honorables)*.

“[L]as fuerzas que nos detuvieron [en Alemania] operaban desde los Estados Unidos pero no al descubierto. No fuimos parados por una orden del Congreso, por una Orden Ejecutiva del presidente, o siquiera por un cambio de política [oficial] aprobada por el presidente... lo que nos detuvo, pues, no fue ‘el gobierno.’ Pero está claro que aquella estructura controlaba canales a través de los cuales normalmente opera el gobierno.”—citado en Higham (1995[1983]:217)

El libro de Martin es “un relato asombroso, enfurecedor, y estremecedor de lo que sucedió y de hecho continúa sucediendo en Alemania,” opinó en 1951 una reseña en *Annals of the American Academy of Political and Social Science*. Eso de “eliminar la continuación y resurrección del gigante monolito económico que había creado y alimentado la máquina de guerra nazi” simplemente no se está haciendo, denunció; aquella infraestructura “se ha consolidado y, afilando sus tentáculos para el futuro, está operando nuevamente.”⁵⁰

Nada de esto aparece en el libro de Niall Ferguson, supuestamente una reflexión profunda sobre las bondades del imperialismo estadounidense de posguerra. Aunque reconoce el fracaso de la desnazificación, lo disculpa, y los nombres de Russell Nixon, James Martin, y Raymond Daniell ni siquiera figuran.

Konrad Adenauer y el CDU

Konrad Adenauer y su partido, el *Christlich Demokratische Union Deutschlands* (CDU – Unión Democrática Cristiana de Alemania) fueron responsables de crear el gobierno de posguerra en la ‘República Federal.’ “[C]omo partido gobernante hasta 1969, el CDU y sus políticas dominaron tan completamente la formación del carácter económico y sociocultural de la República Federal que los alemanes llegaron a identificar al partido con el Estado de posguerra.”⁵¹ A la República Federal, con su capital en Bonn, la conocían también durante la Guerra Fría como Alemania Occidental, para distinguirla de Alemania Oriental—la orwelliana ‘República Democrática’ que yacía privada de cualquier soplo de libertad tras la Cortina de Hierro soviética. Pero ambas repúblicas eran orwellianas, cada una a su manera.

En su artículo: ‘La Política Exterior Pontificia,’ Brian Hehir comenta que los “líderes del movimiento democrático cristiano—Konrad Adenauer y Alcide de Gasperi—eran los vínculos entre la Iglesia y los gobiernos de Europa Occidental.”⁵² No es el único paralelo entre el CDU y el partido italiano *Democrazia Cristiana* (DC). El partido de Alcide de Gasperi se jactaba de yacer su fuente en el católico *Partito Popolare Italiano* (PPI) de la preguerra, y el CDU

había sido “creado sobre todo por antiguos miembros del [igualmente católico] Partido del Centro y de los sindicatos cristianos.”⁵³ En Alemania y en Italia, centristas y militantes del PPI habían sido—en la preguerra—orgullosamente liberales y antifascistas y el Vaticano por eso en ambos países los había disuelto (capítulo 11); en sus nuevas encarnaciones de ideología derechista, ahora sí fueron del agrado de la *curia* y recibieron su bendición.

El CDU acusaba que la culpa de Hitler la había tenido... el *liberalismo*. Según este argumento, explica Maria Mitchell, el nazismo había sido una síntesis de “fuerzas malévolas... con su origen y desarrollo en el Renacimiento, la Reforma [Protestante], la Ilustración [Europea], y la Revolución Francesa.”⁵⁴ (¡Viva el Medioevo!) Opinaba Konrad Adenauer que el liberalismo individual—mismo que los centristas habían valientemente defendido contra la represión de Bismarck y luego de los nazis—había “precondicionado a la sociedad alemana para la dictadura.”⁵⁵ La defensa de la libertad era causante de la esclavitud nazi.

¿A qué se parece esta ideología? El argumento de Adenauer es idéntico al famoso eslogan del gobierno totalitario que representa George Orwell en su novela intitulada ‘1984’: ‘*la libertad es la esclavitud!*’ Orwell buscaba educar al público sobre la forma como la propaganda totalitaria destruye toda posibilidad de reflexión política al volver cotidiana la insistencia repetitiva de absurdos autocontradicitorios. Solo pintaba lo que veía: ‘1984’ fue publicado en 1949, año preciso en que los estadounidenses coronaban a Adenauer.

Ahora bien, la similitud más consecuente entre la democracia cristiana en Italia y Alemania concierne los

procesos clandestinos en que participaban. En Italia, el DC había sido el disfraz para regresar al poder a una multitud de fascistas; en Alemania el fraude de la desnazificación era un secreto a voces, pero no podía entregársele el poder ejecutivo a un obvio nazi y se precisaba igualmente de un disfraz: el CDU. Todo quien lea sobre Konrad Adenauer verá cuánto festejan su reputación de ‘antinazi,’ y sin duda por esa razón, “al mero principio, cuando Adenauer quería convertirse en la cabeza [de Alemania Occidental], algunos oficiales estadounidenses no lo consideraban adecuado.” Sin embargo, “se le permitió finalmente a Adenauer que formara un gobierno en 1949.” ¿Por qué? En parte porque recibió la recomendación de Gustav Hilger.⁵⁶

¿Quién era Gustav Hilger?

En la preguerra, como vimos aquí, Hilger había sido un diplomático nazi en Moscú, y se había vuelto amigo íntimo de George Kennan y Charles Thayer de la embajada estadounidense. Durante la guerra Hilger se convirtió en el funcionario político alemán más importante en lo concerniente al frente oriental europeo. “Entre sus responsabilidades en el ministerio de relaciones exteriores nazi estaba fungir como intermediario con la SS concerniendo la ocupación nazi de la URSS, trabajo que incluía procesar los reportes de los SS *einsatzgruppen* sobre los asesinatos en aquellas operaciones de unidades móviles en el Este.” Se encargó también de “darle asilo en Alemania a varios oficiales del ejército húngaro responsables por el asesinato, en 1942, de 6,000 serbios y 4,000 judíos.” Y “Hilger jugó un papel importante en los esfuerzos de la SS de capturar y exterminar a los judíos italianos,” pues convenció al gobierno de concentrarlos en

campos de trabajo, prometiendo que no se haría nada más en su contra. Una vez concentrados, “en la primavera de 1944, varios trenes de estos judíos fueron enviados a Auschwitz.” Eran varios miles de personas. Si esto fuera poco, Hilger era “la figura central en la facción nazi que abogaba por guerra política [en el Este],” y había fungido como el intermediario principal con Vlasov luego de que aquel se rindiera a los nazis. “Para 1944, Hilger se había integrado completamente a la estructura de mando del grupo Vlasov,” cuyos asombrosos crímenes ya comentamos (capítulo 30).⁵⁷ Terminada la guerra, Kennan intervino personalmente para salvar a Hilger de la justicia, y una vez en Estados Unidos, se le dio “un subsidio generoso” de la Corporación Carnegie, la misma que tanto había financiado el eugenismo (capítulos 6 y 7).⁵⁸

Bloodstone era una operación de la CIA para traerse nazis a Estados Unidos y colocarlos en el liderazgo de las comunidades exiliadas (capítulo 30). Nikolai Poppe, un recluta de *Bloodstone* que trabajó con Hilger en Washington, afirmó que “Hilger estaba negociando con el gobierno estadounidense y fue instrumental en la creación del régimen de Adenauer.” Christopher Simpson lo cita, y concede que “Hilger sí jugó un papel en conseguir apoyo de los estadounidenses para Adenauer,” y que lo pudo hacer “gracias... a los contactos de Hilger en el Departamento de Estado. Hilger tenía mucha influencia ahí.” Pero Simpson alega que Poppe exageró su importancia en la coronación de Konrad Adenauer. Éste, dice, fue promovido sobre todo por su “cooperación con los planes estratégicos de Estados Unidos en Alemania Occidental.”⁵⁹

El comentario de Simpson parece querer paliar que el gobierno alemán de posguerra se estableciera bajo

recomendación de un criminal de guerra nazi, implicando así que los “planes estratégicos” de los estadounidenses, tan apoyados por Adenauer, no solo eran de mayor peso sino dignos de alabanza. Para desgracia de esta interpretación, el historiador Timothy Naftali explica que, desde el principio, los estadounidenses habían planeado convertir a Reinhard Gehlen, quien recreaba para la CIA toda la infraestructura de inteligencia nazi (capítulo 30), en “el primer jefe de un servicio de inteligencia centralizado para Alemania Occidental.”⁶⁰ Eso encaja con el resto del cuadro. Lo más importante, pues, no es el tamaño del papel—determinante o no—que jugara Hilger, sino el *significado* de su intervención: Adenauer se prestigia con el aval de un nazi porque le daban las riendas de un Caballo de Troya nazi. Esos eran los “planes estratégicos de Estados Unidos en Alemania Occidental.” Y pronto Hilger era el “embajador extraoficial en los Estados Unidos del gobierno democrático cristiano de la nueva Alemania.”⁶¹

El periodista e historiador Martin A. Lee escribe que había un empate concerniendo Adenauer cuando se estableció, y que “fue un ex nazi quien metiera el voto del desempate en el *Bundestag*.” Para fortalecer su frágil posición, Adenauer buscó el apoyo del Bloque Pangermánico, “liderado por una colección de anteriores oficiales de la SS que soñaban con recuperar los así llamados territorios orientales.” Al Bloque se le dio una posición en el gabinete. No termina ahí la cosa.

Theodor Oberländer, veterano del Batallón SS Ruiseñor, se convirtió en el ministro de refugiados de Adenauer, a pesar de su conocido papel terrorista durante la guerra contra miles de judíos polacos. Otro miembro del gabinete, el ministro del interior Gerhard Schröder, se había curtido como hampón de Hitler; ahora se encargaba del aparato

policíaco de Alemania Occidental, que empleaba a muchos anteriores oficiales de la SS y la Gestapo, quienes, por razones obvias, no se entusiasmaban demasiado con la persecución de criminales de guerra alemanes. El ministro de justicia en Bonn Fritz Schäffer alguna vez había festejado a Hitler como “salvador del Reich,” pero eso no impidió que Adenauer lo escogiera para liderar la lucha del gobierno occidental alemán contra el antisemitismo y el neo nazismo.—Lee (2000:52-53)

Pero nada delata lo sucedido como la posición de Hans Globke. “Como comisionado del Reich para la protección de la sangre y honor alemanes, Globke jugó un papel clave elaborando las leyes raciales de Nuremberg en 1935, la base ‘legal’ para la persecución de los judíos.” Pero su involucramiento no era meramente abstracto. “Mientras dirigió la Oficina de Asuntos Judíos, trabajó de cerca con el Coronel Adolfo Eichmann en la deportación y liquidación de los judíos macedonios.” Se había encargado también de ‘germanizar’ a los pueblos conquistados por los nazis. La coartada de Globke para ser incluido en el gobierno de Adenauer fue que durante la guerra había utilizado su posición, supuestamente, para *mitigar* las medidas legales que exigía Hitler.⁶²

En su nuevo puesto de secretario de Estado, escribe Lee, Globke “controlaba nombramientos de personal en todo departamento gubernamental y supervisaba la Oficina de Prensa e Información Pública, el órgano principal de propaganda en Bonn.” Desde su posición, que lo convertía en “el funcionario más poderoso en Bonn, exceptuando nada más al propio canciller,” Globke se aseguraba de mantener el perfil nazi del gobierno de posguerra: “Quizá más que nadie, fue Globke quien facilitó el regreso al poder de numerosos ex nazis

en la sociedad alemana occidental.” Era nada menos que “el principal consejero de Adenauer, y un amigo cercano.” Elaboró una ley, aprobada en mayo de 1951, “según cual los funcionarios despedidos durante la ocupación serían restaurados a sus antiguos puestos.” Muchos regresaron y “poblaron sus departamentos con cientos de colaboradores del Tercer Reich.” No era precisamente un secreto: “Adenauer admitió durante un debate parlamentario en octubre de 1951 que su Ministerio de Relaciones Exteriores estaba cargado de ex nazis y protegidos diplomáticos de Joaquín von Ribbentrop.” Muchos de ellos “habían instrumentado y ejecutado las políticas del *führer* en las áreas ocupadas donde comenzaron las atrocidades nazi.” Por si lo anterior fuera poco, “Globke aseguró su control tipo Richelieu sobre la Bonn de posguerra con su jurisdicción sobre el prodigioso servicio secreto de Alemania Occidental, la Organización Gehlen.”⁶³

Cuando al año siguiente de instalado Konrad Adenauer estalló la guerra coreana, con los soviéticos apoyando a los coreanos del norte y los estadounidenses a los del sur, ésta fue la excusa para liberar a muchos nazis que—asombrosamente—sí estaban en prisión. Con la anticipada invasión soviética de Europa, siempre inminente según la inteligencia estadounidense (que no era otra cosa que la Organización Gehlen), se alegó la indispensabilidad del músculo industrial y militar alemán, y se le dio así coartada al CDU para exigir a cambio un trato menos duro para los nazis bajo custodia en la prisión de Landsberg. “Konrad Adenauer en público dijo que continuar con el encarcelamiento de aquellos convictos representaba un ‘problema psicológico’ para Alemania Occidental porque algunos de los presos eran populares con la

oficialía militar alemana, y ‘aquello causaría … problemas con el futuro reclutamiento militar si gente que no había sido encontrada culpable de crímenes de guerra permanecía en la cárcel.’ ” Simpson dice que “el comentario del canciller alemán, tan parco, era engañoso.” ¿Engañoso? *Era un escándalo:* “los presos de Landsberg,” como apunta el propio Simpson, “habían sido, en efecto, enjuiciados y condenados por el asesinato de por lo menos 2 millones de personas, por enriquecerse con el trabajo de esclavos, por masacres contra prisioneros de guerra *estadounidenses*, y por miles de otros actos específicos de terror” (énfasis mío).⁶⁴

Adenauer sabía perfectamente con quién estaba tratando. El Alto Comisionado para Alemania, John Jay McCloy, aliado de Stimson para tratar la desnazificación, era su concuño, pues Adenauer y McCloy se habían casado con las hermanas Zinsser, hijas de un inmigrante alemán a los Estados Unidos.⁶⁵ (La clase gobernante occidental es un círculo pequeño.) “En estrecha colaboración con el canciller Konrad Adenauer,” como escribiría luego (y con aprobación) David Rockefeller, “Jack [McCloy] condujo la creación del Estado de Alemania Occidental, su rearme, y su inclusión en la Alianza Occidental [OTAN].”⁶⁶

Los armoniosos concuños no cooperaron menos sobre la cuestión de los presos de Landsberg. McCloy escogió un equipo legal que—sin tener el menor contacto con los fiscales del tribunal de Nuremberg, y negándose a considerar actos específicos de criminalidad nazi que se habían documentado durante los juicios de los presos—en seis meses preparó recomendaciones de clemencia. Así, muchos nazis que por angas o mangas la dirigencia occidental no había podido

proteger con su varios paraguas ahora fueron soltados o vieron sus condenas muy reducidas.

Luego de fallar que cinco criminales debían ser ejecutados,

[McCloy] redujo las sentencias en prisión de setenta y cinco otros grandes criminales nazi, la mayoría de los cuales habían sido liberados tan solo días después del fallo de McCloy. Los beneficiados incluían, por ejemplo, todos los doctores de los campos de concentración [mismos que habían dirigido inhumanos experimentos médicos con sus prisioneros – FGW], todos los jueces que habían administrado las ‘cortes especiales’ de los nazis y otra maquinaria de represión; catorce de los quince criminales condenados en el primer juicio de *einsatzgruppen* [unidades móviles de asesinato] y administradores de campos de concentración, siete de los cuales fueron soltados en el acto; diecisésis de los veinte acusados del segundo juicio de asesinatos masivos por *einsatzgruppen*; y todos los criminales condenados en el juicio de uso de esclavos por parte de la compañía Krupp, todos ellos soltados inmediatamente.—Simpson (1988:191-92)

Paramilitares nazi en Alemania

Muy lejos de contentarse con reclutar a una multitud de nazis para sus servicios de inteligencia, soltar a quienes las cortes sí habían condenado, impedir que fuesen expulsados de su posición dominante en la industria, y reinstalar a muchos de ellos como gobernantes de Alemania, los estadounidenses patrocinaron también fuerzas paramilitares clandestinas para atacar a la competencia de los nazis.

En 1950, con la ayuda de la Organización Gehlen, el CIC y la CIA creaban el *Bund Deutscher Jungens* [*chechar el nombre*] (BDJ) o la Liga de Jóvenes Alemanes, una organización que había evolucionado de una las unidades de ‘Servicio Laboral’ que mencionamos en el capítulo 30. “Estos ‘Jóvenes Alemanes’ no eran boy scouts; la mayoría eran veteranos de la *Waffen SS* y de la *Wermacht*... y muchos de los líderes del grupo habían sido entusiastas de la propaganda antijudía en el ministerio nazi de Goebbels.” El BDJ fue suplido generosamente con armas escondidas en Oldenwald, al sur de Frankfurt, y se le dedicaron 50,000 marcos al mes.⁶⁷ Estas fuerzas fueron creadas oficialmente como tropas de ‘quedarse atrás’ en caso de una invasión soviética.

La policía alemana descubrió en 1952 una lista de asesinatos políticos que el grupo planeaba dentro de Alemania. En la lista naturalmente que se encontraban los líderes comunistas alemanes pero también los socialdemócratas. Esto produjo un gran escándalo en la prensa alemana, especialmente cuando la reacción del CIC estadounidense fue “tomar posesión de los miembros arrestados del BDJ y esconderlos de la policía civil alemana.” Los agentes del CIC también desaparecieron todos los documentos sobre esto que no había capturado todavía la policía y se rehusaron a entregarlos. Los diputados socialdemócratas en el parlamento alemán exigieron investigaciones. “Al final, las autoridades estadounidenses tuvieron que confirmar, como lo reportó el *New York Times*, que habían ‘patrocinado y financiado el entrenamiento secreto de los Jóvenes Alemanes, muchos de ellos antiguos soldados [nazis], para convertirlos en guerrillas que pelearían si se producía una guerra con la Unión Soviética.’ ” Pero los

estadounidenses negaron que supieran cosa alguna sobre los planes del BDJ de asesinar políticos en Alemania.⁶⁸

Christopher Simpson considera aquella denegación “probablemente verdadera.” Es una opinión curiosa. Él mismo relata que, según una investigación del parlamento alemán, “las agencias estadounidenses le estaban pagando a los conspiradores [del BDJ] 12,000 marcos al mes por actividades de espionaje” dirigidas en contra, precisamente, de aquellos líderes socialdemócratas que planeaban asesinar.⁶⁹ Y enseguida documenta con harto detalle que, fuera de Alemania, la inteligencia estadounidense tenía un vasto programa de asesinato político, mismo que fue implementado a diestra y siniestra con sus reclutas nazis durante la Guerra Fría.⁷⁰ ¿Por qué entonces habremos de considerar como “probablemente verdadera” aquella aseveración de los estadounidenses—luego de haber sido atrapados con las manos en la masa (excepto que apresuradamente escondieron dicha masa)—de que ellos nada tenían que ver con los planes de asesinato político de sus criaturas alemanas?

El escándalo no le puso fin al BDJ. Que va. Con la ayuda de la CIA, escribe Martin Lee, estas fuerzas se reagruparon. Bajo patrocinio de Gehlen, Friedhelm Busse, un adherido del BDJ que había sido de los miembros más jóvenes de las Juventudes Hitlerianas, “dirigió varios otros grupos de extrema derecha en Alemania.”⁷¹ Y no se trataba nada más de Alemania. “El *Bund Deutscher Jugend* era el componente en Alemania Occidental de una fuerza guerrillera apoyada por la CIA que cubría toda la Europa no comunista como una telaraña. En otros países también había tropas de ‘quedarse atrás’ con neo nazis y neo fascistas entre sus filas.” En Italia

estas tropas incluían anteriores miembros de la policía secreta de Mussolini. En Grecia jugaron un papel importante en el golpe de 1967. En Turquía colaboraban con los Lobos Grises, un violento grupo neo nazi juvenil. Y en Francia las dirigían importantes líderes del régimen de Vichy. “Fuerzas de ‘quedarse atrás’ existían también en Portugal, Holanda, Bélgica, Dinamarca, Luxemburgo, e Inglaterra, y en países ostensiblemente neutrales como Suecia y Austria.”⁷²

En 1953 Allen Dulles—líder de las operaciones de la CIA para sabotear las elecciones italianas, y hombre clave en el encubrimiento y reclutamiento de una multitud de nazis—fue nombrado director de la CIA. Desde ahí formalizó a la Organización Gehlen como el aparato de espionaje de Bonn, pero no antes de neutralizar la oposición del General Arthur Trudeau. En octubre de 1954,

el canciller de Alemania Occidental, Konrad Adenauer, visitó los Estados Unidos en torno a negociaciones delicadas para reclutar a Alemania Occidental como miembro cabal de la alianza de la OTAN.* En una recepción diplomática el General Arthur Trudeau, quien en aquel entonces era jefe de la inteligencia del ejército estadounidense, le dijo personalmente al canciller que no confiaba en “el centrillo nazi aquel de Pullach” [se refería a la Organización Gehlen, que tenía su base en Pullach, cerca de Munich – FGW]. Le sugirió que sería mejor que los alemanes hicieran una buena limpia antes de ser admitidos a la OTAN. El incidente fue filtrado a la prensa y Allen Dulles se enfureció.—Simpson (1988:260)

* Organización del Tratado Atlántico Norte, creada oficialmente como un frente antisoviético

Trudeau quiso apoyarse en los Jefes del Estado Mayor Conjunto (que no eran mucho apoyo), mientras que Allen Dulles se respaldó en su hermano, John Foster Dulles, en ese momento secretario de Estado. Ganaron los hermanos Dulles. “Luego de asentarse el polvo, [Reinhard] Gehlen había sido nombrado jefe de la nueva agencia de inteligencia de Alemania Occidental, el *Bundesnachrichtendienst* (BND), y Trudeau dejó la inteligencia por un comando menos visible en el Lejano Oriente. Se retiró calladito algunos años después.”⁷³ Los altos poderes en Estados Unidos continuaban purgando a todo quien se opusiera al reclutamiento y reinstalación de nazis.[†]

Francia: ¿la excepción que confirma la regla?

‘La excepción que confirma la regla’ es una expresión que poca gente usa correctamente, pues se la aplican comúnmente a cualquier excepción. Es un error porque una verdadera anomalía *contradice* la norma, no la comprueba. Por ejemplo, si la regla es que ‘los miembros de la familia X son muy finos,’ y Fulano, un X, es muy corriente, Fulano no *confirma* nada—es una excepción y ya. Para que Fulano confirme la regla será preciso que, visto su caso más de cerca, el patrón en realidad no se haya violado. Por ejemplo, si Fulano fue adoptado muy chico y criado por otra familia, una muy corriente, ahí sí podemos decir: Fulano es ‘la excepción que confirma la regla.’ ¿Por qué? Porque la regla de hecho *predice* su

[†] Este libro es sobre Estados Unidos y Europa, pero amerita un comentario que en Japón, “en lo que concierne la purga de la derecha, quedó en el olvido” (Ferguson 2004:81). Más consistencia.

excepcionalidad: es una regla causativa o *gramática* y no meramente estadística. Se tiene un buen modelo del fenómeno en cuestión cuando, como en este ejemplo, la regla explica también los casos ‘anómalos.’

El caso de Francia es interesante porque a primera vista parece una excepción. En la investigación de Christopher Simpson no hay ni capítulo ni sección dedicada a explicar cómo la inteligencia estadounidense se alió con el Vaticano para impulsar la democracia cristiana en Francia cual vehículo de anteriores fascistas. Eso me sorprendió. ¿Acaso la CIA y el Vaticano se habrían desentendido de lo que sucedía en aquel país? Imposible: no puede exagerarse la importancia de Francia en la geopolítica europea. ¿Entonces? ¿Será qué no había un partido democristiano francés? Comencé a leer y encontré que sí: se formó un partido de bandera católica en la Francia de posguerra. Su importancia al arranque no era en modo alguno despreciable: el MRP (*Movement Républicain Populaire*). Pero este partido democristiano, que pronto quedó en el olvido, es la excepción que confirma la regla

¿Por qué se desvaneció el MRP?

El MRP fue “creado por un grupo de líderes de la Resistencia a Vichy y a la ocupación alemana.”⁷⁴ Alcanzó sus mayores éxitos electorales durante las asambleas constitutivas de 1945-46, cuando el *New York Times* reportaba el “‘casi milagroso éxito’ del Movimiento Republicano Popular.”⁷⁵ Pero aunque empezara más o menos igual de bien en las urnas que la *Democrazia Cristiana* (DC) en Italia, el MRP fue perdiendo rápidamente fuerza y se desvaneció.

La historiadora Carolyn Warner emprende un ejercicio comparativo para resolver el siguiente misterio: ¿por qué triunfó la democracia cristiana en Italia y fracasó en Francia? Como lo apunta ella, había hartas similitudes relevantes entre los dos países al comenzar la posguerra, mismas que intensifican el interés de su pregunta. Ambos habían sido gobernados por regímenes autoritarios pro nazi que se colapsaron al mismo tiempo: el gobierno vichista de Phillippe Pétain en Francia, y el fascista de Benito Mussolini en Italia; ambos eran predominantemente católicos; ambos tenían una historia de conflictos severos entre Iglesia y Estado; en ambos las mujeres eran más católicas que los hombres; hasta 1958 los sistemas electorales, y las instituciones parlamentarias, ejecutivas, y administrativas eran similares; los partidos democristianos, en un país como en el otro, se veían retados por movimientos políticos de izquierda y derecha; y sus líderes querían grandes coaliciones trascendiendo divisiones de clase.⁷⁶

A todas estas similitudes debemos añadir una más: la CIA contaba con un fondo millonario para sesgar a su gusto la política de posguerra tanto en Italia como en Francia. Los marionetistas se reunían en el *Council on Foreign Relations* (CFR), que si bien estaba en Nueva York, escribe el historiador Kai Bird, tenía un sabor washingtoniano, pues el grupo que estudiaba la asistencia del *Marshall Plan* para Europa “incluía algunos de los principales líderes del *establishment* de la política exterior.” Por ejemplo. “Allen Dulles, David Lilienthal, Dwight Eisenhower, Will Clayton, George Kennan, Richard M. Bissell, y Franklin A. Lindsay. Dulles, Bissell, y Lindsay habían sido miembros del OSS durante la Guerra y

pronto serían altos oficiales de la nueva Agencia Central de Inteligencia [CIA].”⁷⁷ Lindsay, un entusiasta de la absorción clandestina de nazis, planeó el reclutamiento del Ejército Vlasov y estuvo a cargo entre 1949-51 de los ejércitos guerrilleros que evolucionaron del ‘Servicio Laboral’.⁷⁸* Eisenhower estaba a punto de convertirse en presidente. Y ya conocemos a George Kennan. Las juntas de este grupo “se consideraban tan delicadas que la acostumbrada transcripción no oficial no se le distribuyó a los miembros del consejo. Había buenas razones para el secretismo. Estos eran probablemente los únicos ciudadanos privados [*sic!*] con acceso al secreto muy clasificado de que el *Marshall Plan* incluía un componente encubierto.” En concreto, la CIA utilizaba un fondo de millones de dólares “para financiar actividades electorales anticomunistas en Francia e Italia, y para apoyar periodistas, líderes sindicales, y políticos afines.”⁷⁹

Queremos explicar el notable fracaso del MRP luego de haber empezado con tanta fuerza. Si el apoyo de la CIA a los ‘anticomunistas’ franceses se destinaba a la competencia del MRP, el misterio quedaría resuelto. Pero la inteligencia estadounidense y el Vaticano impulsaban las fortunas políticas de partidos ‘democráticos cristianos’ en el resto de Europa. ¿Por qué no habrían de simpatizar con el MRP? A diferencia del DC italiano, ahora plagado de fascistas que consideraban al

* En 1962 Lindsay se convertiría en el presidente de Itek Corporation, compañía que diseña productos tecnológicos utilizados por la CIA, y en 1968 el Presidente Richard Nixon lo puso a cargo de un grupo secreto para reorganizar a la CIA (Simpson 1988:101, nota).

supuesto ancestro, el *Partito Popolare Italiano* (PPI) de preguerra, demasiado izquierdista, el MRP consideraba a su anterior encarnación, el *Partie Démocrat Populaire* (PDP), demasiado *conservador*. Y lo que es más: “el MRP también quería reconciliar al catolicismo con el proletariado.”⁸⁰

En el debut del nuevo partido francés, Albert Gortais, uno de sus líderes, explicaba que “buscaban ‘la total revolución del humanismo, acabar con los prejuicios, el derrumbe del estatus quo, y el respeto para la dignidad del individuo en todas las esferas de la sociedad.’” Frases como “total revolución” y “el derrumbe del estatus quo” pudieran sugerirle a algunos que había ‘comunismo’ en el nuevo partido, sobre todo considerando su acercamiento al proletariado. Pero no es así. “Gortais añadió que el MRP se oponía a las dictaduras de cualquier índole, a los privilegios de casta, y a la guerra de clase.”⁸¹ Era un partido *liberal*. “Si bien condenaba el individualismo capitalista,” explica Carolyn Warner, este partido “simultáneamente rechazaba la doctrina marxista.”⁸² De hecho, cuando los comunistas exigieron para sí cualquiera de tres ministerios clave—relaciones exteriores, guerra, o del interior—en base a su fuerza electoral (más escaños en la Asamblea Constitutiva de 1945 que el Partido Socialista o el MRP), ante la negativa de Charles De Gaulle el MRP se alió con los socialistas para impedir que los comunistas, en represalia, echaran fuera al presidente.⁸³

No obstante aquello, estos demócratas cristianos predicaban la unidad francesa y no eran rabiosamente anti nada, por lo cual tampoco eran rabiosamente anticomunistas. Bien plantados en el centro, “los líderes del MRP prometían ‘construir la democracia económica sin destruir la democracia

política.' " Se oponían a las desigualdades del capitalismo desenfrenado y a la concentración de poder en el ejecutivo que buscaba De Gaulle. "Lo que distinguía [al MRP] de otros partidos demócratas cristianos europeos," dice Warner, "era su severo énfasis sobre los derechos de los trabajadores, y sus simpatías socialistas." Nada de lo cual pudo haberle gustado mucho a la CIA. Ni tampoco que, "a diferencia de otros partidos demócratas cristianos europeos—no se diga de otros partidos franceses—, el MRP no buscaba, ni contaba con, militantes que hubieran sido colaboradores [nazis]" (énfasis mío).⁸⁴

En cuanto a su cristianismo, aunque socialistas y comunistas acusaran clericalismo, no había base para ello. Los pioneros de la democracia cristiana francesa en el siglo 19, de hecho, habían sufrido "la pérdida del apoyo del clero, excomunión, o restricciones legales... cuando trataron de modificar los privilegios y tradiciones de las fuerzas de la derecha." A las acusaciones de clericalismo, los líderes del partido de posguerra contestaron "que el MRP no tenía conexión con la Iglesia o con cualquier partido clerical de preguerra." Se trataba de "una nueva fuerza, 'una hija de la lucha, de la Resistencia, y de la Liberación.' " Sus líderes "querían a la larga reconciliar a la Iglesia con la Ilustración, cuyos caminos habían divergido desde la Revolución de 1789."⁸⁵ Los católicos franceses del MRP se parecían al antiguo Partido del Centro alemán cuya base no era la infraestructura eclesiástica sino la *ética cristiana*, misma que justificaba defender los derechos de los trabajadores—fuesen o no católicos—en un marco liberal moderado (capítulo 11).

La CIA y el Vaticano no apoyaron al MRP, como hicieron con otros partidos democristianos. Es la excepción que confirma la regla, pues las características antifascistas del MRP predicen que la combinación CIA/Vaticano se habría interesado en su derrota (porque la regla era *apoyar fascistas*).

Carolyn Warner presenta otras razones para explicar el fracaso del MRP. Sus líderes eran verdaderos idealistas que no se corrompían para ganar votos, ni descendían al clientelismo ni a la política de la división, sino que insistían siempre en propuestas de valor universal para *todos* los franceses, estrategia que en el clima polarizado de posguerra en Francia los volvía menos populares con algunos. "El no posicionarse a la derecha, donde yacían la Iglesia y el grueso del electorado católico, y el no demonizar el comunismo, le costó al MRP muchos votos," concluye Warner.⁸⁶ Muy bien, pero hay que reconocer que "después de la guerra, el 75 por ciento de los católicos practicantes votaron por el MRP," o sea que el partido de hecho no empezó *mal* con "el grueso del electorado católico."⁸⁷ Quizá debamos darle su lugar a las causas de mayor peso. Escurriendo entre sombras sus fuerzas paramilitares clandestinas, y haciendo correr ríos de dinero, quienes determinaban la política europea de posguerra eran la inteligencia estadounidense—cuyo gobierno ocupaba gran parte del continente—y el Vaticano—cuya infraestructura nadie podía igualar. Y estos dos gorilas no apoyaban al MRP. ¿Por qué? Porque defendía a los trabajadores, creía en el liberalismo y pluralismo parlamentario, defendía el legado de la Ilustración y la Revolución Francesa, y repudiaba el fascismo.

Fascistas en el poder

Los colaboradores nazis, como apunta Warner (arriba), estaban en otros partidos. Y subieron al poder. Por citar un ejemplo dramático: François Mitterrand. Se ha dicho que “los compromisos políticos de François Mitterrand tenían sus raíces en su cultura y valores católicos.”⁸⁸ Sería más correcto decir los valores *del Vaticano*.

Durante toda la posguerra volaron acusaciones de que Mitterrand, uno de los políticos franceses más importantes—líder del partido *socialista*, ministro del interior en la Cuarta República, y presidente de la Quinta República desde 1981 hasta 1995—, había sido un colaboracionista nazi, un derechista seguidor de Phillippe Pétain. Inclusive una biografía del presidente francés escrita por Pierre Péan *con la cooperación de Mitterrand*, y publicada en 1994, no desmiente sino confirma que durante la guerra fue pétainista. Lo más notorio es que Péan le preguntó a Mitterrand sobre su amistad con René Bousquet, jefe de policía en Vichy, y aquel le contestó hablando maravillas de Bousquet, “sin siquiera incomodarse y sin evadir las preguntas” (cosa que causó un escándalo en Francia).⁸⁹ ¿Cómo interpretarlo? Quizá fuera descaro—el descaro de quien se sabe a salvo, protegido por las grandes fuerzas políticas de su tiempo—.

¿Quién era René Bousquet? Un favorito de los nazis, porque, como explican los historiadores Michael Marrus y Robert Paxton en *La Francia de Vichy y los Judíos*, la policía francesa dirigida por Bousquet se ofreció para entregar a los judíos de aquellas áreas no ocupadas directamente por los nazis:

Como le escribiera el General Oberg de la SS al Jefe de la Policía Francesa Bousquet en julio de 1942, mientras que las dos policías solidificaban su acuerdo de trabajar conjuntamente: “Confirmo con mucho gusto, además, que la policía francesa hasta ahora se ha comportado de tal manera que merece apreciación.” Los alemanes nunca hubieran podido hacer esto por sí solos.—citados en Scullion (1998:111-112)

Este hombre, el verdugo de los judíos franceses, era amigo de François Mitterrand, y a Mitterrand le parecía suficiente—para defender sin vergüenza aquella amistad—que su amigo hubiese sido exonerado en un juicio. Pero eso más bien añade una vergüenza sobre otra, pues la culpabilidad de Bousquet no está en duda. El problema es que la Francia de posguerra no lograba hacer justicia.

Hubo amnistías limitadas en 1946 y 1947, y otras más amplias en 1951 y 1953, de manera que “solamente los ofensores más serios se quedaron en prisión,” escribe un historiador.⁹⁰ ¿Los más serios? Algunos de los más serios, como Bousquet, escaparon por completo. Y las razones nuevamente son las mismas: Martin Lee explica que René Bousquet organizaba el equivalente del *Bund Deutscher Jugend* en Francia—es decir, organizaba para la CIA tropas clandestinas repletas de fascistas—.⁹¹

El MRP, que no admitía en sus rangos a colaboradores nazis, no recibió el apoyo de la CIA y del Vaticano, y fracasó. Gracias a ello fue poblándose la política francesa de colaboradores y extendiéndose el régimen de Vichy en la Francia de posguerra. Así, cuando se intentó abrir un nuevo caso contra Bousquet por crímenes contra la humanidad, Mitterrand muy confiado se opuso.⁹² En el mismo año en que

se publicó el libro de Pierre Péan, “un grupo de intelectuales franceses le pidió [al presidente]... que proclamara oficialmente la responsabilidad del régimen colaboracionista de Vichy en la deportación [a los campos de muerte] de más de 76,000 judíos franceses.” Mitterrand se rehusó.⁹³

¿Pero cómo había terminado la guerra François Mitterrand dentro de la Resistencia Francesa? Muy fácil: como muchos otros, cambió de bando cuando quedó claro que los alemanes iban a perder.

Un déficit educativo

Para el estudiante universitario promedio es muy difícil percatarse de lo repasado aquí. Cuando todavía enseñaba en la Universidad de Pennsylvania, una alumna me mostró un libro que le habían asignado como texto en el departamento de ciencias políticas: *La Democracia Cristiana en Europa Desde 1945*, editado por Michael Gehler y Wolfram Kaiser. El libro, publicado en 2004, contiene un total de 260 páginas, en las cuales 14 expertos contribuyen cada quién un capítulo sobre el tema. Nadie menciona el reclutamiento masivo de anteriores fascistas a los partidos demócratas cristianos europeos con el patrocinio del Vaticano y de la CIA. Las palabras ‘CIA,’ ‘nazi,’ y ‘colaborador’ no aparecen siquiera en el índice de términos. ‘Fascismo’ si aparece: *cuatro veces* en todo el libro.

De aquellas cuatro, tres son relevantes. En la página 3, en el capítulo introductorio de Gehler y Kaiser, nos dicen:

La ambivalencia de la Iglesia Católica hacia la democracia parlamentaria y su apoyo inicial para el fascismo en Italia después de 1922-25, para el *Ständestaat* austriaco

después de 1933-34, y para Franco en la Guerra Civil Española durante 1936-39 eran vistos en una luz mucho más crítica por muchos demócratas católicos después de 1945.

Aquí se implica que a los demócratas católicos *de preguerra* no les incomodaba demasiado la alianza de la Iglesia Católica con el fascismo, pues según Gehler & Kaiser en la posguerra eran mucho más críticos de aquella alianza.

Carlo Masala en la página 102, escribe:

Con la crisis del fascismo italiano en el verano de 1943, el catolicismo político comenzó aemerger nuevamente luego de la imposición del silencio político y la emigración interna durante veinte años.

Aquí el *emerger* de la democracia cristiana de posguerra con la *caída* del fascismo comunica que los nuevos demócratas cristianos de posguerra no eran fascistas.

Y Peter Pulzer, en la página 21, afirma:

[L]a democracia cristiana y el europeísmo como los conocemos hoy no fueron tan sólo reacciones a las experiencias de la guerra, aunque sin duda lo fueron también; no tan sólo una reacción contra el Estado-nación agresivo, basado en la raza, pagano, e hipertrofiado, aunque sin duda alguna también fueron eso...

Sin duda alguna, dice este autor, la democracia cristiana de posguerra era una reacción contra el fascismo.

Como vemos, el estudiante universitario instruido con este libro aprenderá que los partidos políticos de los católicos laicos en la preguerra supuestamente no criticaron demasiado la política *pro fascista* del Vaticano, mientras que la

democracia cristiana de posguerra era *antifascista*. En ambos puntos, esto es precisamente lo opuesto de la realidad. Aquel estudiante no se verá forzado a explicar, el día del examen, que los demócratas cristianos en Alemania e Italia fueron disueltos por el Vaticano por oponerse al fascismo, ni tendrá que explicar cómo después de 1945 los fascistas fueron regresados al poder ondeando la bandera de la nueva democracia cristiana con el apoyo del Vaticano.

La representación de Gehler & Kaiser es una inversión orwelliana, y eso es lo enseñan en la Universidad de Pennsylvania.

La crisis yugoslava de los 1990s en contexto

El proceso de vestir lobos fascistas con piel de oveja democrática y cristiana no fue posible en Yugoslavia porque ahí ganó el movimiento partisano que lideraban sobre todo los antinazis serbios, comunistas moderados. Y los serbios se quedaron como la fuerza política dominante en la reconstruida Yugoslavia. Pero el problema se solucionaría en los 1990s.

En aquella década, el gobierno de Estados Unidos afirmó, y los medios de información occidentales repitieron, que los serbios supuestamente se habían convertido en los nuevos nazis; que su líder, Slobodan Milosevic era el nuevo Hitler; y que los croatas, musulmanes bosnios, y musulmanes albaneses eran supuestamente sus víctimas (los nuevos judíos). Se dijo que los serbios estaban cometiendo horribles masacres contra sus vecinos que recordaban las matanzas de los nazis. Se dijo que tenían campos de muerte. Etc. Más tarde analizaremos estas acusaciones y las refutaremos. Aquí me interesa apuntar

lo siguiente.

¿Qué resulta creíble en contexto?

Primero, los occidentales comunes que aceptaron dócilmente aquellas acusaciones contra los serbios—y que justificaron tremendos ataques militares de la OTAN a favor de los separatistas croatas, musulmanes bosnios, y albaneses—no podían sospechar que eran víctimas de una espectacular inversión orwelliana. Los estadounidenses ni siquiera podían encontrar a Yugoslavia en el mapa.

Segundo, pocos europeos, que si podían, conocían la historia yugoslava de la Segunda Guerra Mundial, cuando las poblaciones croatas y musulmanas de Yugoslavia se unieron al movimiento nazi y participaron en exterminios de serbios, judíos, y gitanos. No entendían que los serbios fueron los grandes héroes de la Segunda Guerra, los más aguerridos antinazis, listos a pagar el precio que fuere por defender la libertad. No imaginaban que los serbios habían sido los únicos en defender a sus compatriotas judíos *hasta el límite*—como si la diferencia religiosa no existiere—eligiendo morir antes que participar en la persecución antisemita. Y tampoco comprendían que después de la guerra los victoriosos serbios habían preferido construir un Estado yugoslavo unido que vengarse de quienes los habían estado asesinando, por lo cual una enorme multitud de nazis había sobrevivido y prosperado en las poblaciones croata y musulmana. Lo que entendían era lo que decían los medios de masa en los 1990s: que la península balcánica ha estado poblada siempre de salvajes, y que los más salvajes son supuestamente los serbios.

Pero mis lectores no padecen la misma ignorancia, porque lo repasado arriba lo cubrimos en el capítulo 31. Pueden, por lo tanto, decir qué tan creíbles les parecen las acusaciones de los 1990s contra los serbios, evaluadas en su contexto histórico; y qué tan fiable les parece el gobierno estadounidense como acusador. Después de todo, como también vimos en el capítulo 31, ese gobierno protegió y reclutó en la posguerra a los fascistas croatas y musulmanes que buscaban siempre destruir a Yugoslavia. Si fuera poco, durante el conflicto de los 1990s, el gobierno estadounidense apoyó en Bosnia a Alija Izetbegovic, un líder musulmán que no se limitaba a predicar la *yihad*—el exterminio—contra los infieles, sino que resucitó aquella creación de Hajj Amín al Husseini, la División SS Handzar, destacamento musulmán bosnio creado durante la Segunda Guerra Mundial para llevar a cabo matanzas de civiles serbios (capítulo 3). Fue también el gobierno estadounidense quien bombardeó a los serbios, completando la destrucción de Yugoslavia con la ayuda de las potencias europeas.

La Unión Europea

Para evaluar lo sucedido en Yugoslavia, mis lectores apreciarán cuán interesante la siguiente observación: “entre 1945 y los 1980s la mayoría de los Estados de Europa Occidental tendrían gobiernos demócratas cristianos.” Aparece en el capítulo de Peter Pulzer en el antes mencionado libro de Gehler & Kaiser sobre la democracia cristiana. Esos fueron los años, dice Pulzer, que gestionaron la integración europea, y fueron sobre todo demócratas cristianos quienes lideraron el proceso de crear la Comunidad Económica y luego la Unión.

En parte porque ellos percibían la unión de los países *ricos* de Europa como una estrategia anticomunista. “Había también, en por lo menos alguna de la retórica de defender la civilización europea, un aire de superioridad, como si cualquier cosa más allá de Europa no fuera tan civilizado.” (Esto, inmediatamente después de un genocidio europeo.)⁹⁴

Fuera de los rangos de la democracia cristiana todo esto era incómodo, pero lo que más generaba sospecha era que la integración europea parecía abrir un camino al pasado.

Aunque el más grande de los partidos demócratas cristianos, el de la República Federal de Alemania, ahora era ecuménico, el aroma del incienso se le pegaba al movimiento. En el corazón del nuevo proyecto estaba la Europa de Carlomagno; no estaba claro para todo mundo si estaban o no viendo el nacimiento de un Estados Unidos de Europa o la resurrección del Sacro Imperio Romano. En algunas partes de Europa, por lo menos, la predominancia católica en la Europa de los Seis causaba desconfianza del proyecto. Ésta fue una de las razones por las que Noruega votó en contra de volverse miembro en el referendo de 1972 y nuevamente en 1994. ...Dado quiénes eran los padrinos de la idea europea post 1945, uno puede ver por qué a los protestantes militantes por un lado, y a los anticlericales izquierdistas, por el otro, los tentaba la idea de ver en esta empresa una renovada Contrarreforma, un intento de resucitar un enemigo que pensaban había sido vencido en la segunda mitad del siglo diecinueve, y se preguntaban... si la ocupación del Estado Vaticano en 1870 había sido toda en vano.—Pulzer (2004:22-23)

Nuevamente Francia es la excepción que confirma la regla: en aquel país los más importantes impulsores de la idea europea fueron Jean Monnet y Jacques Delors, ambos

socialistas; el MRP, la democracia cristiana francesa, se oponía a la integración y al inevitable dominio de Alemania.⁹⁵

Bien, pues la Unión Europea, que de cierta forma recuerda el Sacro Imperio—y cuya formación lideraron los partidos demócratas cristianos donde tantos fascistas se refugiaban con el apoyo de la inteligencia estadounidense y del Vaticano—, participaría entusiasta en los 1990s, con Estados Unidos y la OTAN, en la difamación y destrucción de los serbios ortodoxos.

Alemania—dominante en la Unión Europea—y recién reunificada, jugó un papel importante. Escribe el historiador Niall Ferguson:

Fue el ministro alemán de relaciones exteriores, Hans Dietrich Genscher, eufórico luego de una fácil reunificación de su país en 1990, quien aceleró la desintegración de la federación yugoslava con su precipitado reconocimiento de la independencia eslovena y croata en el otoño del año siguiente.—Ferguson (2004:144)

Bonito cuadro. Tenemos un país, Alemania, causante de la guerra mundial, que la perdió en parte gracias a sus problemas con una Yugoslavia unida, y luego con los valientes serbios (capítulo 31). Tenemos, durante la guerra, que los aliados croatas de Alemania exterminaron a los serbios con determinación y sadismo comparables solamente al exterminio nazi de los judíos. Y tenemos que Alemania, recién reunificada, corre a coronar su primer gran acto de política exterior: desmembrar Yugoslavia reconociendo la independencia croata. Para justificarlo, culpó *a los serbios* de supuestas masacres *contra los croatas*.

Consistencias gramáticas

Todo esto tiene una cierta *gramática*. Y como en la gramática lingüística, o en la ‘gramática’ de la física, en política articular ciertas cosas implica otras, pues todo ha de seguir ciertas leyes, de forma coercitiva. O por lo menos *la hipótesis* de que 1) la política sigue una gramática; y 2) podemos entender sus leyes, sugiere que en principio, con suficiente conocimiento, podemos predecir los patrones futuros. Si nuestra plataforma para proponer una gramática *específica* es que la alianza pro nazi detrás de la Segunda Guerra Mundial continúa gobernando Occidente, hemos de examinar otras ‘oraciones geopolíticas’ en el mismo contexto y ver si obedecen el mismo sistema de reglas implicadas, o si lo violan. Si lo violan, es menos probable que *ésta* sea la gramática rigiendo los acontecimientos geopolíticos; si lo observan, la hipótesis se fortalece.

Para este examen es interesante algo que no menciona Ferguson: aunque Alemania fuera entusiasta, alguien le ganó: *el Vaticano*. “Haciendo marcha atrás con indicaciones anteriores de que esperaría a cubrirse con la diplomacia de los países europeos, el Vaticano reconoció formalmente a Croacia y Eslovenia,” escribió aquel día el *New York Times*.⁹⁶ El Estado eclesiástico, cuya infraestructura internacional de hecho dirigió directamente durante la guerra mucha de la carnicería de la Ustachá (capítulo 31), *corrió*, tropezando con sus hábitos, a reconocer al nuevo ‘Estado Independiente de Croacia.’

El Vaticano, luego Alemania. ¿Quién sería el tercero? *Italia*.

¿Cómo reaccionaron los judíos cuando vieron que Croacia estaba por separarse de Yugoslavia, creación de los

victoriosos serbios y gobernada desde Belgrado? Es un milagro, pero entre la maleza de sermones sentenciosos sobre la importancia de la ‘autodeterminación croata,’ lograron colarse en la prensa un puñado de artículos sobre el temor de los judíos. Éste, por ejemplo, se publicó en el *Independent*, un importante diario británico (en la página 10, claro).

Líderes judíos convocaron anoche una junta de crisis en Belgrado para discutir la situación de la comunidad judía. Se mostraron especialmente preocupados por los 1,500 judíos en la república secesionista de Croacia, los cuales no se han comunicado durante dos meses o más debido a una interrupción de comunicaciones con el resto de Yugoslavia.

Quizá los eventos de ayer fueran coincidencia. Pero los líderes judíos unánimemente expresaron que veían paralelos preocupantes entre las masacres nazi y pro nazi de hace 50 años y la ansiedad de los judíos de Croacia bajo el régimen fuertemente nacionalista de la república secesionista de hoy día.

Un centro comunitario judío y un cementerio fueron dañados por explosivos hace dos meses en la capital Croata de Zagreb, y los judíos locales han sido víctima de amenazas de muerte y otras intimidaciones. Las fuentes judías revelan que anoche varios cientos de judíos, sobre todo jóvenes, adultos, y gente madura, recientemente se escaparon de Croacia para Israel, por Budapest.

Como le recuerdan a los visitantes los 6,500 judíos de Yugoslavia, Hitler instaló un régimen títere de nazis croatas en 1941. Las fuerzas de aquel régimen, conocido como la Ustachá, ejecutaron cientos de miles de judíos, serbios, gitanos, y otros ‘indeseables’ en Croacia mientras que las

tropas alemanas consumaban masacres paralelas en Serbia.

“Lo que nos preocupa es que la gente ahora en el poder en Croacia son por lo general los mismos que en la era nazi,” dijo en la ceremonia de anoche la Dra. Klara Mandic, una veterana lideresa comunitaria. “En algunos casos, son precisamente las mismas personas, ahora en sus setentas y regresando del exilio impuesto por los comunistas. En otros casos, son los hijos de los ustachas. Usan las mismas camisas negras, los mismos pantalones, muchos llevan los mismos cuchillos ‘Serbo-sek’ para [matar] serbios. ...Estamos muy preocupados por los judíos de Croacia. Tienen miedo de comunicarse con nosotros.”⁹⁷

La Dra. Mandic no exageraba. El Mariscal Tito, durante la Segunda Guerra Mundial líder de los partisanos comunistas, casi todos serbios, había fundado con ellos la nueva Yugoslavia de posguerra. Con su muerte a partir de 1980, las fuerzas pro nazi habían ido tomando cada vez más fuerza en Yugoslavia, y muchos líderes de la Ustachá y sus descendientes, asilados en otros países, habían regresado. No se repetía demasiado en los medios, pero aquí y allá, hundido en las páginas de en medio, en artículos menores, se incluía un reconocimiento apresurado sobre la composición del régimen croata de Franjo Tudjman. Por ejemplo, *The Guardian*, otro periódico británico, escribió: “Muchos de los hombres fuertes, agrupados alrededor del ministro de la defensa Gojko Susak y ahora liderados por Ivic Pasalic, el consejero clave de Tudjman, vienen de Herzegovina o de la diáspora—feroces anticomunistas que escaparon la Yugoslavia de Tito, o hijos de las antiguas familias ustachas que escaparon su venganza a finales de la Segunda Guerra Mundial.”⁹⁸

En un lapso extraño, relajándose por un instante en la dirección del candor, el *New York Times* reconoció que “el presidente [Franjo] Tudjman de Croacia, a diferencia de Milosevic [el presidente serbio], nunca fue repudiado por la comunidad internacional a pesar de sus opiniones racistas y sus ambiciones territoriales.” Todo mundo representaba a los serbios como aspirando a un proyecto imperialista, y mientras tanto “Tudjman ha presumido sus intenciones expansionistas sobre gran parte de Bosnia y Herzegovina.” Todo eso, y su enemistad con los serbios, parecía gustarle al gobierno estadounidense: “Tudjman fue bienvenido en la Casa Blanca como hombre de paz por el Presidente Clinton luego de unirse a una federación con el gobierno bosnio contra los serbios.” Esa alianza era con el terrorista musulmán Alija Izetbegovic (capítulo 3), repitiendo el patrón nazi de la Segunda Guerra. “En 1993, le dieron [a Tudjman] una visa para que asistiera [como invitado especial] a la inauguración del Museo del Holocausto en Washington”—institución gubernamental, no privada. Con esa invitación, abrazado y felicitado por Bill Clinton, frente a un monumento que pretende recordar para la posteridad el crimen contra el pueblo judío, se lavó la imagen del nuevo líder croata. Cosa por demás increíble cuando consideramos que Franjo Tudjman “escribió que las cifras de víctimas judías en el Holocausto estaban exageradamente infladas y que las principales características de los judíos eran ‘el egoísmo, la maña, la poca confiabilidad, la tacañería, la pillería, y el secretismo.’”⁹⁹

Gracias nuevamente a los serbios este desarrollo se había retrasado, pero en los 1990s los fascistas regresaban al poder también en lo que había sido Yugoslavia, completando el

cuadro construido en el resto de Europa con tanto ahínco y esmero por la inteligencia estadounidense y el Vaticano.

Falta mencionar la otra cara de esta moneda. La Dra. Mandic, líderesa judía de Belgrado, expresaba hacia los serbios un apoyo tan contundente como era profundo su miedo de los croatas. Esforzándose mucho por contrarrestar la propaganda mediática, se tornó espina en el costado de la OTAN y sus medios, cuya justificación conjunta para destruir Yugoslavia fue un alegato de barbarie racista serbia. Para mayo de 2001, cuando murió Mandic, aquella incesante metralla mediática y oficial había logrado convencer al mundo entero. Así pues, aunque la Dra. Mandic, aliada de Milosevic, fuera apaleada y luego asesinada de un tiro en la nuca, y aunque le prendieran fuego a su casa, los medios se permitieron llamarlo “allanamiento de morada”: habían entrado supuestamente a robarla.¹⁰⁰ Añadieron que Mandic había sido “controversial,” tenía “conexiones políticas turbias,” y supuestamente “la veían con sospecha en la comunidad judía.”¹⁰¹ Faltó decir nada más que le dieran su merecido.

Sería igualmente gramático con todo lo anterior que las masacres racistas supuestamente cometidas por serbios fueran invenciones occidentales. Más tarde lo veremos.

¹ Simpson (1988:85-86)

² *ibid.* (pp.18)

³ *ibid.* (pp.18, 86-87)

⁴ *ibid.* (pp.82-84)

⁵ *ibid.* (p.88)

⁶ *ibid.* (p.81)

⁷ *ibid.* (p.80)

⁸ *ibid.* (p.81)

⁹ *ibid.* (p.83)

¹⁰ *ibid.* (p.81, y nota)

¹¹ *ibid.* (p.289)

¹² Irving (1976:401)

¹³ Simpson (1988:89-90)

¹⁴ *ibid.* (pp.90-91)

¹⁵ *ibid.* (p.90)

¹⁶ *ibid.* (p.92)

¹⁷ *ibid.* (p.91)

¹⁸ *ibid.* (p.94)

¹⁹ Ferguson (2004:73, 78)

²⁰ Higham (1995[1983]:211-12)

²¹ Smith (1976)

²² Ferguson (2004:73)

²³ citado en Smith (1976:123)

²⁴ Bird (1998:23, 25)

²⁵ Schlauch (1970:116)

²⁶ Higham (1995[1983]:212)

²⁷ *ibid.* (pp.212-13)

²⁸ *ibid.* (p.213)

²⁹ *ibid.* (p.214)

³⁰ *ibid.* (p.215)

³¹ Nelson (1951:179)

³² Higham (1995[1983]:215-16)

³³ NAZIS STILL HOLD KEY JOBS IN REICH; By RAYMOND DANIELL By Wireless to THE NEW YORK TIMES; New York Times; Sep 20, 1945; pg. 11

³⁴ NAZIS STILL HOLD KEY JOBS IN REICH, *op cit.*

³⁵ DENAZIFICATION HIT BY U.S. OFFICERS; By RAYMOND DANIELL By Wireless to THE NEW YORK TIMES; New York Times; Sep 21, 1945; pg. 10

³⁶ DENAZIFICATION HIT BY U.S. OFFICERS, *op cit.*

³⁷ Ferguson (2004:74)

³⁸ DENAZIFICATION HIT BY U.S. OFFICERS, *op cit.*

³⁹ Patton Belittles Denazification; Holds Rebuilding More Important; By RAYMOND DANIELL By Wireless to THE NEW YORK TIMES. New York Times; Sep 23, 1945; pg. 26

⁴⁰ Patton Alters Stand on Nazis; Eisenhower Pushes Purge; By RAYMOND DANIELL By Wireless to THE NEW YORK TIMES; New York Times; Sep 26, 1945; pg. 1

⁴¹ Patton Summoned by Eisenhower To Account for His Stand on Nazis; By RAYMOND DANIELL By Wireless to THE NEW YORK TIMES; New York Times; Sep 27, 1945; pg. 1

Patton Must Toe Line or Yield Post, Observers in Germany Declare; By RAYMOND DANIELL By Wireless to THE NEW YORK TIMES; New York Times; Sep 28, 1945; pg. 1

Eisenhower Removes Patton From Command in Bavaria; By RAYMOND DANIELL By Wireless to THE NEW YORK TIMES; New York Times; Oct 3, 1945; pg. 1

⁴² SPEED OF DEMOBILIZATION ADDS TO GERMAN PROBLEM; By RAYMOND DANIELL By Wireless to THE NEW YORK TIMES; New York Times; Oct 21, 1945; pg. E4

⁴³ SPEED OF DEMOBILIZATION ADDS TO GERMAN PROBLEM, *op cit.*

⁴⁴ Linke & Dundes (1988:3)

⁴⁵ SPEED OF DEMOBILIZATION ADDS TO GERMAN PROBLEM, *op cit.*

⁴⁶ Higham (1995[1983]:218-19)

⁴⁷ *ibid.* (pp.219-20)

⁴⁸ *ibid.* (p.221)

⁴⁹ *ibid.* (pp.220-22)

⁵⁰ Nelson (1951:179)

⁵¹ Mitchell (1995:279-80)

⁵² Hehir (1990:29)

⁵³ Mitchell (1995:281)

⁵⁴ *ibid.* (p.285)

⁵⁵ *ibid.* (p.289)

⁵⁶ Simpson (1988:115)

⁵⁷ *ibid.* (1988:112-14)

⁵⁸ *ibid.* (p.117)

⁵⁹ *ibid.* (pp.115-16)

⁶⁰ Naftali (2005:375)

⁶¹ Simpson (1988:115)

⁶² Lee (2000:54)

⁶³ *ibid.* (p.53-54)

⁶⁴ Simpson (1988:115:190-91)

⁶⁵ Adenauer's Father-in-Law Dies; New York Times; Jan 6, 1952; pg. 93. "We Know the Russians"; Time; June 20, 1949

⁶⁶ Rockefeller (2004:197)

⁶⁷ Simpson (1988:146)

⁶⁸ *ibid.* (pp.146-47)

⁶⁹ *ibid.* (p.147)

⁷⁰ *ibid.* (pp.148-155)

⁷¹ "The CIA's neo-Nazis: Strange bedfellows boost extreme right in Germany"; *The San Francisco Bay Guardian*, Extra; Reality Bites; March 19 2001; By Martin A. Lee.

⁷² Lee (2000:56, nota)

⁷³ Simpson (1988:260)

⁷⁴ Yates (1958:419)

⁷⁵ MRP CONGRESS HAILS FRENCH GROUP'S RISE; By Wireless to THE NEW YORK TIMES; Dec 15, 1945; pg. 4

⁷⁶ Warner (1998:560)

⁷⁷ Bird (1998:106)

⁷⁸ Simpson (1988:101, y nota)

⁷⁹ Bird (1998:106)

⁸⁰ Warner (1998:562, 564)

⁸¹ MRP CONGRESS HAILS FRENCH GROUP'S RISE, *op cit.*

⁸² Warner (1998:564)

⁸³ L. C. & V. C. (1945:603)

⁸⁴ Warner (1998:564-65, 568)

⁸⁵ Yates (1958:421, 423-24)

⁸⁶ Warner (1998:567)

⁸⁷ Gehler & Kaiser (2004:3)

⁸⁸ Hellman (1995:463)

⁸⁹ Péan (1994:313-320)

⁹⁰ Gordon (1995:497)

⁹¹ Lee (2000:56, nota)

⁹² Péan (1994:314-15)

⁹³ Marrus (1995:84-85)

⁹⁴ Pulzer (2004:10, 22)

⁹⁵ *ibid.* (pp.21-22)

⁹⁶ Vatican Formally Recognizes Independence of Croatia and Slovenia;

New York Times; Tuesday, January 14, 1992; Section A; p.3; by Alan

Cowell

⁹⁷ The Independent (London), October 21, 1991, Monday, FOREIGN

NEWS PAGE; Page 10, 725 words, War raises old anxieties for Croatian Jews, From Phil Davison in Kragujevac.

⁹⁸ The Guardian (London), December 13, 1999, Guardian Leader Pages; Pg. 18, 2328 words, Franjo Tudjman; Authoritarian leader whose communist past and nationalist obsessions fuelled his ruthless pursuit of an independent Croatia

⁹⁹ The New York Times, October 8, 1995, Sunday, Late Edition - Final, Section 4; Page 1; Column 2; Week in Review Desk, 1227 words, Trading Villains' Horns for Halos, By Elaine Sciolino, Washington

¹⁰⁰ Los Angeles Times, May 12, 2001 Saturday, Home Edition, Page 4, 101 words, THE WORLD; IN BRIEF / YUGOSLAVIA; Milosevic Ally Found Slain in Apartment, From Times Wire Reports

¹⁰¹ AP Worldstream, May 11, 2001; Friday, International news, 321 words, Ally of Milosevic, Karadzic found dead following suspected robbery attempt, Belgrade, Yugoslavia